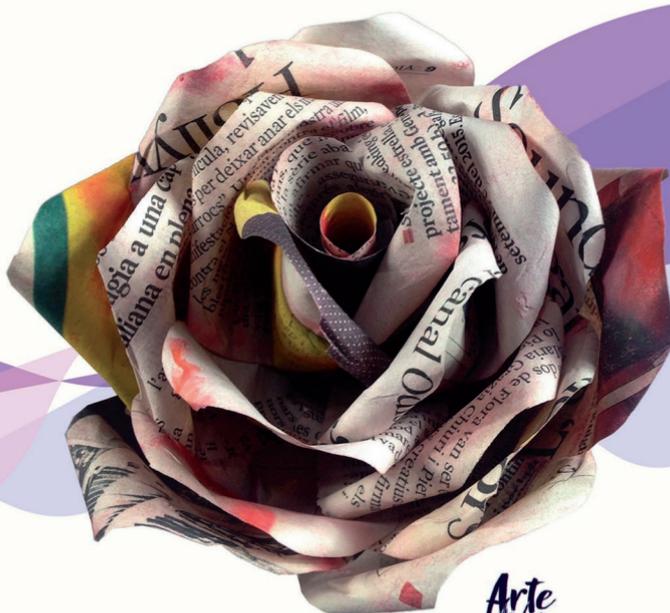


Territorios de palabras

Primer Encuentro de Escritura Creativa
La Salle 2021



Arte
Vivo

DeLaSalle
ediciones

Territorios de palabras

Primer Encuentro de Escritura Creativa La Salle 2021

Primera edición digital, septiembre de 2022

© Editorial Parmenia
bajo el sello de De La Salle ediciones
Carlos B. Zetina 30, Colonia Condesa
06170, Cuauhtémoc, Ciudad de México
55 52 78 95 04
www.editorialparmenia.com.mx
editorialparmenia@lasalle.mx

Rafael Moreno Arnáiz, La Salle Oaxaca
Nallely Hernández Sánchez, La Salle Pachuca
Sachi Uchisato Maeshiro, La Salle México
Israel Velasco Alfaro, La Salle Nezahualcóyotl
(Coordinadores)

Apoyo gráfico
Berenice Ángeles Zúñiga
Producción y distribución
Irma Rodríguez Vega
Dirección editorial
Manuel Javier Amaro Barriga



Todos los derechos reservados. Prohibidas su producción o transmisión parcial o total bajo cualesquiera formas o procedimientos y su distribución sin la autorización explícita de los titulares de los derechos.

Hecho en México



www.editorialparmentia.com.mx

Territorios de palabras

Primer Encuentro de Escritura Creativa
La Salle 2021



Índice

Proemio	María del Rocío Ocádiz Luna	5
Introducción	Rafael Moreno Arnáiz	8
Creación colectiva		
Rompecabezas literario	Daniel Guzmán Pelcastre	13
Narrativa experimental		
Sin título	Bartlebys	15
Sabor a limón	El pequeño castillo de arena	18
Por amor a la vida	Edgar Alan Poe	20
Experimentación poética		
De[construcciones]		22
Torrey	Bartlebys	22
Máscara contra Máscara	El pequeño castillo de arena	26
Distribuidor autorizado de poesía	Edgar Alan Poe	29
Creación individual		
¿Cuándo lo permitimos?	Jessica Paulette Colín	31
Lo que ellos quieren	Jessica Paulette Colín	32
Raíces	Sofía Ludlow Cándano	33
Se anexa nota técnica	Zynia Roxana Santiago	42
He dejado mis vicios	Edgar Vásquez Antonio	45
Rutina matutina	Alicia Cruz Ríos	49
Relato de un cuerpo	Huric Andrea Aguilar Ballesteros	56
A lado mío	Jazmín Fregoso Hernández	58
La esclavitud de la libertad	Ma. Fernanda Cuenca Hernández	59
Ramé	Brittany Daniela Díaz Sánchez	66
Gaman	Janet Murcio Cortés	75
Belleza	Janet Murcio Cortés	76
Delirio de sueños	María José Gómez García	78
Futuras ausencias de una vida	María Fernanda de la Rosa Carmona	81
Basura en los ojos	Areny Altamirano Martínez	86

Proemio

Últimamente parece que todos tenemos más preguntas que respuestas. Ese preguntarse continuo que en apariencia no es tan productivo, en el fondo me parece que sí lo es: con preguntas nos sentimos incómodos, nos movemos, nos sacudimos, nos invitamos a la búsqueda.

Creo que todas las personas que respondimos a la convocatoria de este Encuentro nos hemos planteado muchas veces preguntas como estas:

¿Podré expresar lo que quiero decir al escribir?

¿Podría yo escribir algo tan relevante para los demás como lo hiciera Miguel de Cervantes, Gabriel García Márquez o Juan Rulfo; ¿podría yo dejar para la posteridad una realidad perenne como la de *El Quijote*, *Cien años de soledad*, *Pedro Páramo*...?

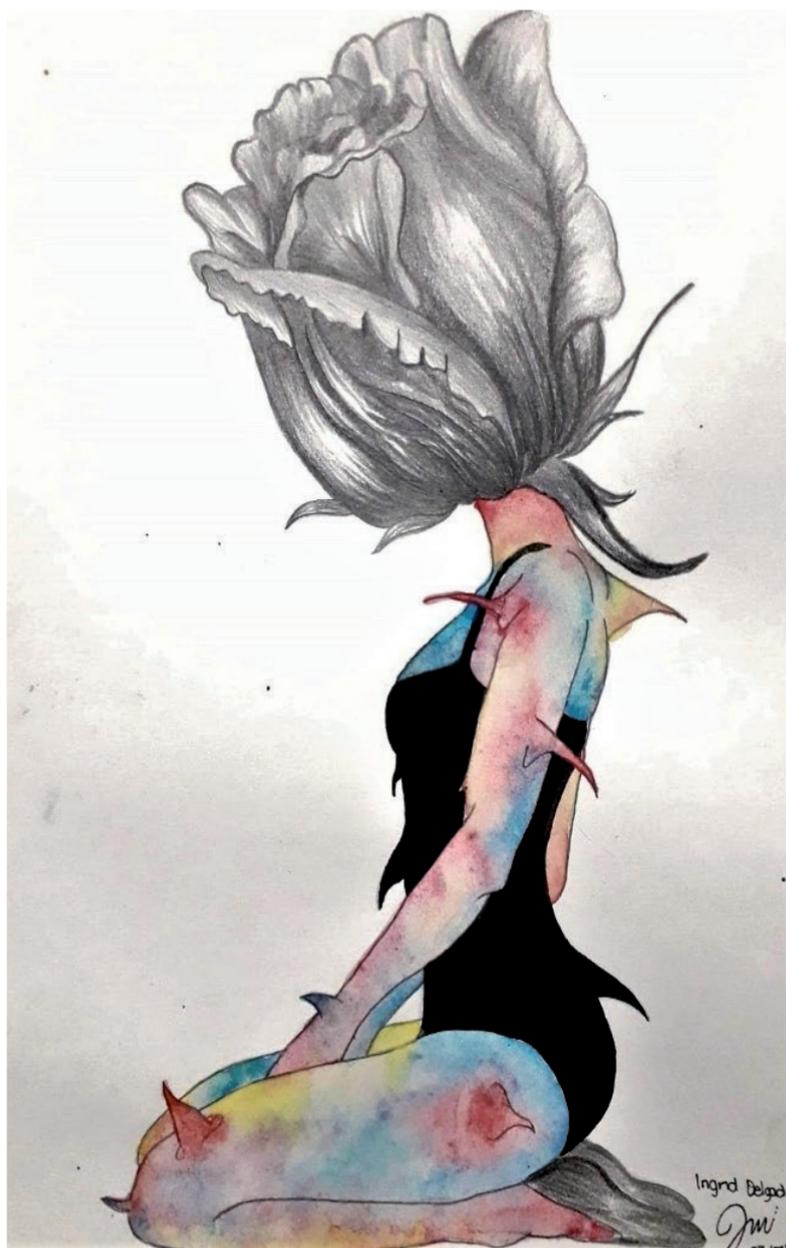
¿Podría yo sacudir a alguien como sacude Ibsen con su *Casa de muñecas*, o invitar a asomarse a la miseria humana como lo logró magistralmente José Revueltas?

¿Podría yo hablar de nosotros sin hablar de nosotros, con la genialidad de mirarnos como cronopios o famas?

¿Sería capaz de convocar al amor, con mis líneas, como en *Los amorosos* o como en el *Poema 20*?

¿Podría yo usar la ironía y el más fino sarcasmo como lo hace Ibargüengoitia en *Los relámpagos de agosto*, o en cualquiera de sus cáusticos relatos sobre las realidades de nuestro México?

O ¿podría ser yo quien lograra que varias generaciones de chicos se sintieran atraídos irremediabilmente a un mundo totalmente inédito y mágico —no solo por las clases de hechicería— como el de Hogwarts?



Vida, Ingrid Delgadillo Granados



Y así podría yo seguir y quizá no llegaría a la pregunta que está surgiendo en ti, querida escritora, querido escritor; quizá no llegaría a esa pregunta que no te ha dejado dormir por días, y que con toda seguridad ha surgido tras la lectura incansable, tras la visita constante a tantos y tantos mundos que todos los escritores, en todas las lenguas, nos han legado. ¡Qué bien que nos preguntemos! ¡Qué bien que estemos aquí, buscando juntos cómo invocar a la idea espléndida, a lo no dicho aún, a la palabra que se atreva y que provoque...! ¡Qué bien que no perdamos la esperanza de que la creatividad se sienta cómoda en nuestras líneas y en nuestra vida toda!

Pues queridos todos, es una dicha encontrarnos entre las palabras y por ellas: arranquemos este Primer Encuentro de Escritura Creativa haciendo que fluyan las ideas sobre feminismo, nuevas masculinidades...ruptura y profunda transformación.

Que lo escrito, lo que emane de aquí, sacuda, incomode e invite, una vez más, a nuevas preguntas, sedientas de realidades diferentes.

Indivisa manent

Rocío Ocádiz Luna

Responsable de la Red de Desarrollo Artístico y Cultural
Rectora de la Universidad La Salle Oaxaca

*En el momento de la edición, agosto de 2021, la Mtra. Ocádiz Luna ha entregado la Rectoría de la Universidad La Salle Oaxaca al Dr. Luis Ignacio Salgado.

Introducción

Estoy muy emocionado por llegar a este momento en el que compartimos, en esta antología, el trabajo creativo de catorce estudiantes de las cuatro universidades La Salle participantes en el *Primer Encuentro de Escritura creativa 2021*: Nezahualcóyotl, Pachuca, Ciudad de México y Oaxaca. Y cuando me emociono, me da por citar.

En uno de sus *Four Quartets*, el poeta de habla inglesa T.S. Eliot escribe:

No cesaremos de explorar.
Y el final de toda nuestra exploración
será regresar a donde comenzamos
y conocer el lugar por primera vez.

El proceso de la escritura, el proceso de todo arte, el proceso de toda vida es una constante exploración, un constante cuestionarse; es una tierra sin mapa, no un destino seguro. Una aventura.

El concepto detrás de la aventura que es este primer *Encuentro de Escritura creativa* es encontrarse, convivir, compartir, crear. Que los jóvenes, las mentes creativas de nuestras universidades encuentren el espacio para crecer en las letras y compartan sus logros con quienes los acompañamos: sus amistades, familias, compañeros de clase, maestras, maestros y personal administrativo de todas las Universidades La Salle que constituimos la Red de Desarrollo Artístico y Cultural en nuestro país.

Que sea un espacio también para encontrar a otros jóvenes de su edad que están en otro lugar geográfico, en otra universidad o bachillerato, para que las mentes creativas que participan puedan intercambiar sus experiencias, sus gustos literarios y, con ello, encuentren almas afines.



La culminación de la aventura es la edición de este libro con las piezas de creación individual y las de creación colectiva que se gestaron en los meses del Encuentro, para que todas las personas de nuestras comunidades, apasionadas por las letras, puedan disfrutarlas. Por eso, el primer reconocimiento es para las doce chicas y dos chicos que nos muestran los frutos de su exploración literaria en estas páginas.

Cuando me planteé la idea de un encuentro de escritura creativa, pensaba: ¿cómo hacerlo? Se trataba de fortalecer la cultura literaria, de darle más peso a la creación que a la interpretación, y de hacerlo en forma que se involucrara a estudiantes tanto de bachillerato como de licenciatura, a docentes y a quienes trabajamos por el arte y la cultura dentro de nuestras comunidades La Salle.

La colaboración, el hacer comunidad fue la respuesta. Quiero agradecer a mis colegas de las coordinaciones de cultura de las universidades participantes, que trabajamos por meses para llegar a este momento: Nallely Hernández, de La Salle Pachuca, Sachi Uchisato, de La Salle Ciudad de México, e Israel Velasco, de La Salle Nezahualcóyotl, y a quienes han acompañado el proceso creativo de nuestros estudiantes: los maestros Mariana Rodríguez, de La Salle Oaxaca, Daniel Guzmán Pelcastre, de La Salle Nezahualcóyotl, y José Téllez, de La Salle Ciudad de México, docentes de Escritura creativa. De igual manera, este Encuentro y esta antología no serían realidad sin el apoyo e interés profundo por las letras de nuestras autoridades: la Dra. Lourdes Lavaniegos González, rectora de La Salle Pachuca, la Mtra. Rocío Ocádiz Luna, responsable de la Red de Desarrollo Artístico y Cultural y rectora de la Universidad La Salle Oaxaca,* el Mtro. Andrés Govela Gutiérrez, *fsc*, rector de La Salle Nezahualcóyotl, y el Dr. Enrique González Álvarez, *fsc*, rector de La Salle Ciudad de México.*

* En el momento de la edición, el Dr. Enrique González Álvarez entregó al Lic. José Francisco Flores Gamio la Rectoría de la Universidad La Salle México.



Merece una mención especial el equipo de La Salle Oaxaca, que resolvió todos los retos tecnológicos e hizo posible que casi treinta personas, desde diversos puntos geográficos de nuestro país, pudiéramos interactuar en línea durante los dos días del Encuentro para que el público que nos acompañó siguiera las sesiones en vivo por Teams y por Facebook. Agradezco de corazón al maestro Ángel Muñoz Balcázar, coordinador del Centro de Medios, al licenciado Aurelio Ninandii Antonio Cruz, de Comunicación Institucional, y al ingeniero Miguel Ángel Martínez Martínez, de Tecnologías de Información.

También agradezco a Israel Velasco, de La Salle Nezahualcóyotl, quien trabajó el guion para las sesiones en vivo del Encuentro e hizo la labor de director de escena durante ellas. Coordinó, asimismo, al equipo de conducción integrado por las estudiantes Karime Tobías Martínez de Oaxaca, Mariana Mejía Rugerio y José Manuel Torres Cardoso de Nezahualcóyotl, que dieron fluidez y chispa a la transmisión.

¿Cómo se desarrolló esta aventura? Después de meses de planeación y logística durante la segunda mitad de 2020, integramos a nuestros docentes de Escritura creativa para que diseñaran talleres que detonaran la creatividad en los estudiantes; sondeamos los intereses e inquietudes de los jóvenes que participarían en el Encuentro y, al final, quedaron dos temas como puntos de partida para la creación literaria: el primero, Feminismo y nuevas masculinidades; el segundo, Ruptura y transformación.

En diciembre de 2020, cada docente facilitó un taller a las mentes creativas que cada una de las cuatro universidades propuso. En esos talleres, los jóvenes comenzaron a conocerse y a interactuar. A partir de ese trabajo, cada participante inició la elaboración de un primer borrador teniendo en mente los temas propuestos. En enero y febrero de 2021 se hicieron varias vueltas de revisión con los docentes de Escritura creativa de las universidades participantes: Mariana Rodríguez con las mentes creativas de



Oaxaca, Daniel Guzmán con las de Nezahualcóyotl y José Tellez con los participantes de Ciudad de México. La colaboración entre universidades hermanas fue fundamental en esta etapa: como Pachuca no cuenta con clase de Escritura creativa, los docentes de Nezahualcóyotl, Ciudad de México y Oaxaca acompañaron el proceso de las participantes de Pachuca: así, Daniel Guzmán asesoró a María José Gómez García, José Tellez a Sofía Ludlow Cándano, y Rafael Arnáiz a Huric Andrea Aguilar Ballesteros.

Ahora, ¿cómo se llevaron a cabo las sesiones del Encuentro en febrero de 2021? Para hacerlo verdaderamente colaborativo, generamos tres grupos de trabajo intersedes, cada uno moderado por alguno de los docentes de Escritura creativa que han acompañado el proceso. Esto quiere decir que en cada grupo hubo, por lo menos, un integrante de Pachuca, de Nezahualcóyotl, de la Ciudad de México y de Oaxaca. Cada equipo decidió cómo denominarlo.

En el primer día de actividades del Encuentro —viernes 26 de febrero—, los integrantes de los tres grupos leyeron, por turno, sus textos personales. Después de la lectura, los integrantes del grupo hicieron comentarios al texto para intercambiar puntos de vista. Al terminar, los docentes de Escritura creativa hicieron un recuento de lo trabajado en la primera jornada. Todo esto pudo presenciarlo el público en sesiones en vivo por Teams y por Facebook. Después de un receso, sostuvimos un Café literario como pretexto para la convivencia y el intercambio de lecturas y aficiones.

El sábado 27 por la mañana, a modo de *rally* literario, los facilitadores de cada grupo de Escritura creativa propusieron a los participantes algunos detonadores para crear una pieza de creación colectiva de narrativa primero, y después otra pieza hacia la poética.

Para cerrar el bucle que abrí al inicio con la cita de Eliot, referido al proceso de la escritura, del proceso de todo arte, del proceso de toda vida, quiero citar otro verso, ahora del poeta griego Konstantin Kavafis: “Cuando vayas a Ítaca, pide que tu camino sea largo... “



Si el viaje de Ulises hubiera sido un vuelo directo y sin escalas, no tendríamos la *Odisea*. Todos los peligros, las maravillas, las tristezas y las alegrías del viaje, de la aventura que es escribir, de la aventura que es vivir, son la materia con la que María José, Areny, Brittany, Brandon, Fernanda, Jessica, Edgar, Huric, María Fernanda, Janet, Sofía, Alicia, Jazmín y Zyania tejen sus historias. ¡Sigamos leyendo, sigamos escribiendo!

Rafael Moreno Arnáiz
Centro Cultural La Salle Oaxaca

Creación colectiva

Rompecabezas literario

Daniel Guzmán Pelcastre
Docente de Escritura Creativa
Universidad La Salle Nezahualcóyotl

El objetivo de un rompecabezas es volver a formar una imagen previamente cortada en varias o, inclusive, cientos de piezas que embonan, una a una, hasta completar correctamente la figura preestablecida.

El rompecabezas es un juego de mesa que requiere mucha paciencia y dedicación de quien lo practica. La creación literaria colectiva es un reto mayor; necesita, además de lo anterior, sumar el ingenio, la sensibilidad y la creatividad individuales de los participantes; pues no parte de algo preconcebido que se deba rearmar; tiene un punto de partida, pero no de llegada.

La dinámica de creación literaria que ocupó el segundo día del *Primer Encuentro de Escritura creativa 2021*, convocado por la Red de Desarrollo Artístico y Cultural, a la que se denominó *Rally literario*, consistió en la elaboración de seis textos originales: tres poemas y tres cuentos, uno por cada equipo de trabajo, conformado por cuatro o cinco alumnos y alumnas de diferentes sedes. Quienes, cada uno en su espacio virtual, debían escribir los versos y los párrafos que, posteriormente, tendrían que encontrar cabida, como una pieza de rompecabezas, en un texto que fuera adquiriendo coherencia.

Para entender un poco mejor el proceso de creación implementado para esta jornada, conviene precisar lo siguiente. De común acuerdo con la maestra y maestros responsables de cada equipo, antes de iniciar la actividad, se establecieron las dos rutas que deberían



transitarse hasta concluir con la lectura de los textos obtenidos.

La primera, la del cuento, partió de la elección de tres detonantes: una hora del día, un lugar y un conflicto. Cada responsable eligió los suyos y se los compartió a su equipo; asimismo, estableció la mejor manera de lograr el objetivo trazado.

La segunda, la del poema, tomó como referente un fragmento de *Altazor* de Vicente Huidobro y un volante publicitario de equipo para carnicerías. De igual forma, cada equipo creó o, mejor dicho, deconstruyó su poema.

Cabe reconocer que el posterior trabajo de edición permitió recortar con precisión, pulir donde era necesario y acomodar de mejor manera cada uno de los fragmentos literarios escritos en el *rally*.

Los textos compartidos a continuación son la imagen final y completa, que fue construyéndose con cada una de las piezas creadas por los alumnos y alumnas participantes. Ojalá sean de su agrado.

Narrativa experimental

Bartlebys

Jessica Colín Villagrán, La Salle Nezahualcóyotl
Edgar Mauricio Vázquez Antonio, La Salle Oaxaca
Zyania Roxana Santiago Aguilar, La Salle Oaxaca
Sofía Ludlow Cándano, La Salle Pachuca

Acompañante: maestra Mariana Rodríguez Fernández, La Salle Oaxaca

Nueva York, la ciudad más cosmopolita del planeta, un lugar donde las historias no paran; no importa la hora, no importa la calle, siempre hay algo que contar. ¿Quién soy yo? Eso no es importante, dejemos el protagonismo a quien lo merece. ¡Ay, Nueva York!... Tus calles tan insólitamente llenas de voces. La ciudad que nunca duerme: son las tres de la mañana, es miércoles y la actividad parece cual si fuera media tarde.

Luces por doquier que podrían confundir a cualquiera con un día nublado. Famosa por sus taxis amarillos, andantes sin destino. Lo más extraño es que los ves pasar todo el tiempo y cuando los requieres, jamás encuentras uno. ¡Qué paradoja!

En esta madrugada hay una historia en particular: vemos a M caminar, tan apresurada que podría pasar inadvertida. ¿Quién en Nueva York podría estar en calma? Camina por las calles en busca de algo, va y viene, más apresurada al pasar de los minutos. ¿Qué le aflige a esta mujer latina de ojos color miel y la melena alborotada? —¿No les ha pasado que desearían ser del sexo opuesto?; —M se dijo a sí misma—.



Pues en este momento lo estoy deseando con toda mi alma. ¿Quién demonios me manda tomar tanta agua? Si fuera hombre, solo sacaría el chisme en medio de aquellos dos carros y asunto resuelto, sin más. Pero no, Dios me hizo mujer y ahora tengo que buscar donde hacer del baño. ¿Qué clase de dios nos hace sangrar cada mes y todavía nos pone la dificultad de orinar? Quién como los hombres, llenos de privilegios y todavía tienen el don más grande: orinar parados.

Trotar en plena madrugada después de salir del trabajo en la Gran Manzana. Una pensaría que en una ciudad tan grande habría más centros comerciales, oficinas y tiendas de comida rápida abiertos, o un poco más de luz; pero no, nada de eso. El aire frío y la luz lila de madrugada serían disfrutables y perfecta fuente de inspiración para el diseño de publicidad, que debe trabajarse en casa, si no fuera por algo tan simple como ir al baño. Esa sensación incómoda que se ubica entre las piernas y el vientre presiona y da comezón en niveles tan insoportables que una comienza a caminar extrañamente.

—¿Por qué no me dieron ganas antes, cuando estaba en la oficina? ¿O bajando las escaleras? ¿O en la entrada mientras estaba el conserje ahí, cuando podía abrirme la puerta? No, tenían que darme ganas justo cuando voy a la mitad del Central Park.

Los árboles y arbustos no parecían mala idea, al fin y al cabo no hay gente que mire. Todos duermen y nadie piensa en que una mujer trabajadora y publicista vaya al baño en algún árbol del parque más famoso del continente. Pero aun así, la sensación de sentirse expuesta y mirada le impide inspirarse y relajarse; podría salir algún vagabundo. La sensación no se va y la urgencia aumenta.

—Genial...

Solo un pensamiento le viene a la mente mientras sigue caminando lo más rápido que puede para



que el frío no la alcance y le dobleguen las ganas de orinarse ahí mismo donde está parada.

—Quiero hacer pipí. Quiero hacer pipí. Quiero hacer pipí. Quiero hacer pipí. Quiero hacer pipí...

¿Los Starbucks? Cerrados. ¿Los Seven Eleven? Los dependientes dicen que no tienen baños. ¿Los del metro? Ni hablar. ¿Los baños de la biblioteca pública? Sin duda los mejores, pero vuelven a abrirlos a las 4 a.m. y todavía son las 3:15.

—¡Nooooo! ¡Mi vejiga no aguantará ni un minuto más!

¿Un cubículo azul público en alguna esquina? ¡Sí! Acaba de ver uno a dos cuadras de Bekker 207. Con suerte estará vacío y no tendrá que esperar más.

Un baño, un retrete. ¡Oh, ese lugar tan sagrado donde una puede hacer pipí contenta, hacer pipí sin pena! En un baño público en el metro de Nueva York, donde acude tanta gente, la necesidad le da fuerza al más cobarde y el más valiente caga y orina ahí a pesar de las manchas raras en la pared y los trozos de papel que se pegan en los pies. La urgencia es tan grande que por un breve momento hace olvidar que pasaron cientos y cientos de traseros por ahí antes que el tuyo. La idea del escudo de papel higiénico ya no parece mala idea, ¿verdad? Oh, cierto, no hay papel y ella tampoco lo trae.

Bueno, como le enseñó su madre, tendrá que hacer en pose de aguilita.

El pequeño castillo de arena

Areny Marisol Altamirano Martínez, La Salle Oaxaca

Quetzalli Janet Murcio Cortés, La Salle Oaxaca

Brandon Andrés Ávalos Sánchez, La Salle México

María José Gómez García, La Salle Pachuca

María Fernanda De la Rosa Carmona, La Salle Nezahualcóyotl

Acompañante: maestro José Téllez, La Salle México

Sabor a limón

Las pesadas gotas de la lluvia de esta noche entre sueños atacaron mi sudadera azul empáñandola hasta escurrir. La música onírica de fondo palpité en mis oídos como si se gestara cerca de mi pecho. Entre imaginaciones, crucé la carretera para encontrarme con mi hermano que estaba sentado *cómodamente* sobre la cajuela de su sedán azul; miré mis manos y le aventé un puño de fotografías que sostenía. Él respondió con voz pausada: “bajo la lluvia dos horas, mil horas, como un perro”. Tarareo tu canción preferida y cantó la mía. Mis labios aún sienten el amargo sabor a limón acompañado del tequila que me embriagó. *Tengo las manos manchadas*. El joven con el rostro ensangrentado, bajó de la cajuela del auto azul, pisó las fotografías y se fue.

Caminé a tientas por la carretera, encontré un letrero de 80 kilómetros de velocidad límite. Seguí hasta llegar a un parque. Me di cuenta, al divisar sombras que crecían y se achicaban a voluntad, eran columpios infantiles. Escucho. La lluvia no dice nada, el viento ulula precipitadamente, me retuerzo al mirar mi propia sombra y pies en el vaivén que se desvanece. La decisión está toma-



da, llevo la mano al bolsillo de mi chamarra para tomar mi celular. Mis dedos tiemblan al marcar 911.

—Buenas noches, ¿cuál es su emergencia? —respondió la operadora.

—Llamo para denunciar un crimen. Las pruebas están en un sedán azul abandonado, en el primer tramo de la carretera 10.
Desperté.

Edgar Alan Poe

Huric Andrea Aguilar Ballesteros, La Salle Pachuca

Alicia Cruz Ríos, La Salle Oaxaca

María Fernanda Cuenca Hernández, La Salle México

Jazmín Fregoso Hernández, La Salle México

Brittany Daniela Díaz Sánchez La Salle, Nezahualcóyotl

Acompañante: maestro Daniel Guzmán Pelcastre, La Salle Nezahualcóyotl

Por amor a la vida

Eran las 5.30 de la mañana cuando Manuel se despertó de golpe, inquieto. Se quedó mirando al techo, pensaba en todo y a la vez en nada. La alarma del despertador sonó; todo era igual, como si estuviese viviendo el mismo día siempre.

Llegó a la escuela con una leve sensación de orinar, así que se dirigió al baño, pero no pudo entrar porque estaba cerrado. Sin darle importancia, ignoró el sobresalto de su bajo vientre. Siguió su camino al salón de clase. Casi era la hora de Matemáticas; la maestra era muy puntual y solía tomar represalias con los impuntuales.

Pasaron la primera, segunda y tercera clases. Llegó el receso. Manuel se dirigió desesperadamente al baño, pues los maestros le habían negado salir. Entró con premura, sin percatarse que hombres y mujeres dialogaban amigablemente en aquel espacio reducido. Una voz femenina retumbó en sus oídos; detuvo la acción casi mecánica de bajar el cierre del pantalón hasta averiguar qué diablos estaba pasando allí. Las mujeres ocupaban el lavamanos con su maquillaje, tenazas y planchas de cabello. ¡Ni siquiera hubiera podi-



do lavarse las manos de haberlo necesitado! En medio del estrecho pasillo que había entre minitorios y letrinas, algunas chicas se ponían a platicar. Algunos chicos las empujaban desconsideradamente, aunque también había otros que les pedían permiso. Por donde se viera aquello era un inédito desastre.

— ¡Esto no puede estar pasando! —dijo en voz baja para sí mismo.

Sin razón alguna empezaron a entrar más personas al baño; venían en grupos, solos o con pareja. Manuel no entendía nada ni sabía que hacer. Sintió como si estuviera asfixiándose con las voces, risas, gritos, groserías y llantos que saturaban su aire. No sabía el porqué, pero el baño estaba llenó de hombres y de mujeres que lo invadían todo, ocupados en cualquier cosa menos en la razón por la que uno suele entrar a esos sitios: orinar y defecar.

No aguantó más. Salió como pudo porque su vejiga explotaba. En el primer árbol que encontró, sin importarle que lo vieran, se bajó el pantalón. Con los calzones en los tobillos, sintió el alivio de la liberación.

Mientras el líquido amarillento rebotaba en la corteza, comprendió cabalmente lo que había leído alguna vez: es necesario orinarse, por puro amor a la vida.

Experimentación poética

Bartlebys

Jessica Colín Villagrán, La Salle Nezahualcóyotl
Edgar Mauricio Vázquez Antonio, La Salle Oaxaca
Zyana Roxana Santiago Aguilar, La Salle Oaxaca
Sofía Ludlow Cándano, La Salle Pachuca

Acompañante: maestra Mariana Rodríguez Fernández, La Salle Oaxaca

De[construcciones]

TORREY, Torrey. ¿Quién diría que esta palabra tuviera algún significado especial? Claro, todo tiene el significado que le damos, pero, ¿Torrey? Para mí trae tu imagen, el recuerdo de aquella ocasión que vimos el anuncio y yo apretaba tu mano; sin pensarlo, leí en voz alta Torrey, tú contestaste: Torrey; ahí, Torrey se llenó de significado:

¿Adónde vas? Sin rumbo, sin destino

La luz de luna ilumina y devuelve las sombras a las rocas bajo mis pies. ¿Qué estás ocultando?

¿Así que tienes una guía? ¿Estás huyendo de algo?

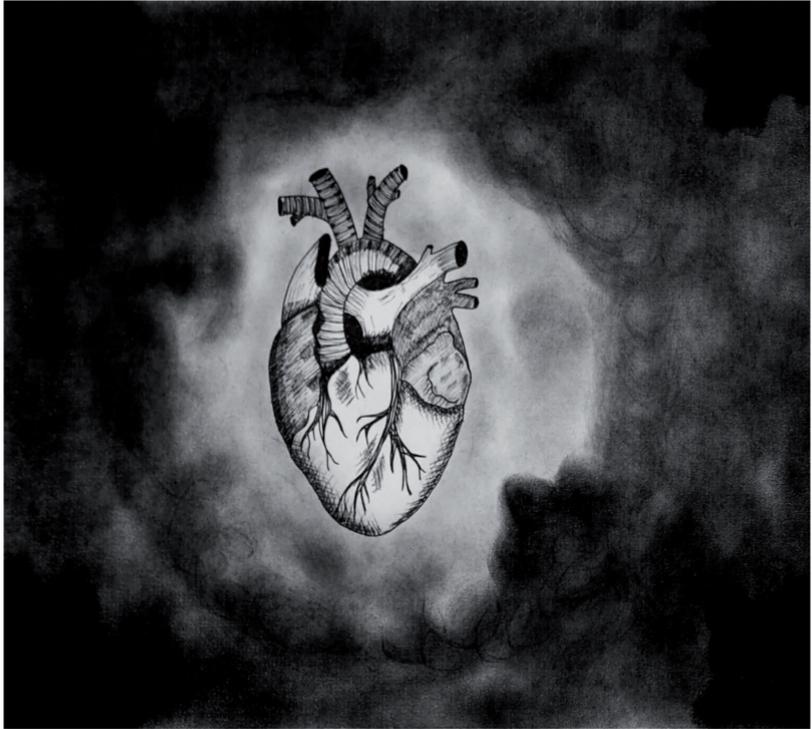
Oigo una voz, desde más allá del cielo que dice: te estoy esperando. Y no la olvido.

El cielo no es suficiente si cuando llegues allí solo es otro azul.

El cielo no es suficiente porque tú crees que lo has encontrado, cuando en realidad estás perdido.

Tú pensaste que todo esto no es nada, que sería suficiente, pero decidiste perderte entre las nubes.

TORREY, Torrey



Corazón, Shunashi del Rosario Ramírez M.



Si sigues ese rumbo llegarás allí, donde casi todo es nada. Donde tú ves las cosas que solo quieres ver. Pero el cielo no es suficiente porque una vez que esté allí, no te recordaré.

Crees que conoces el rumbo, piensas que lo haces, pero solo te usa.

Porque no podía llorar, porque me di la vuelta y no pude ver la meta.

Torrey, tú contestaste

Lo di todo por un recuerdo y una mentira tranquila, y sentí el rostro del frío esa noche.

Y si pudiera tratar

Y si pudiera vivir lo que es la verdad, entonces, rumbo, sé honesto, llévame allí.

Cielo, adiós.

¿A dónde vas? Sin rumbo, sin destino

Sin Rumbo, con rumbo

Rumbo al centro de convenciones va

Rumbo al centro de convenciones está (ba)

Rumbo al centro de convenciones la frikiplaza
apestaba

Rumbo al centro de convicciones el ramen ya no
vende más

Rumbo al centro de convenciones lanza kakashi
el sharingán

Rumbo al centro de convenciones concurso del
idol dance

Rumbo al centro de convenciones ven mi amor
vamos a hacer cosplay

Rumbo al centro de convenciones no vuelve
a estar más

Rumbo al centro de convenciones los hijosdeputa
estaban cobrando de más



Rumbo al centro de convenciones no voy más

Rumbo al centro de convenciones perdida en la
ruta de Tlalixtac

Rumbo al centro de convenciones voy ahora
para atrás

Rumbo al centro de convenciones ya eres más
un centro cultural

Rumbo al centro de convenciones un Distribuidor
Autorizado más

Somos Distribuidores Autorizados de palabras de
aliento, para aquel silencio de adviento, para el caba-
llero sin viento que busca un argumento.

Somos Distribuidores Autorizados de palabras de
cuento, que sin tanto tiempo arreglamos cualquier su-
frimiento, con grato sustento.

Somos Distribuidores Autorizados de palabras de
ensoñamiento para el tejimiento del verdamiento y
consolamiento del amigo enamoramiento.

Somos Distribuidores Autorizados de palabras de
maldecimiento para el encadenamiento del corazo-
miento, del almamiento del deliramiento.

Somos Distribuidores Autorizados de palabras para
el arrepentimiento del hundimiento del apiñamiento
del apagamiento de los lagrimientos.

Somos Distribuidores Autorizados de palabras sin
resentimiento, sin tanto reglamento, con imagina-
miento y alojamiento en nuestro dccionamiento.

Torrey, paso seguido y no sé si tú has vuelto a ese
lugar; pero a mí aún me retumba.

¡Torrey!

Torrey rey, rey
torreyrrerrey,
rey toto toto,
toto rrey rrrrrrrey
roterreytorretorrey...

El pequeño castillo de arena

Areny Marisol Altamirano Martínez, La Salle Oaxaca

Quetzalli Janet Murcio Cortés, La Salle Oaxaca

Brandon Andrés Ávalos Sánchez, La Salle México

María José Gómez García, La Salle Pachuca

María Fernanda De la Rosa Carmona, La Salle Nezahualcóyotl

Acompañante: maestro José Téllez, La Salle México

Máscara contra máscara

Máscara contra máscara
sin empate y sin indulto
Aquel tornado...
Un tornado tempestuoso
Un tornado penoso
Un tornado embarazoso
Un tornado angustioso
Un tornado tormentoso
Un tornado de lado
pero de lado con lodo
lodo de sedimentos
¿lodo de sentimientos?
fz, fz, fz , clough, claussh clop
mi pie en el tornado se atoró
lau, lau lau
lado a lado, hay mucho lodo
mucho lodo en el tornado que nado
lodo, lodo; lado, lado
aquí el sol es anaranjado
“Cachín, cachín”
el sonido de las monedas cayendo en cámara lenta
con cada apuesta
La gente se quedaba sin dinero para la cerveza,
el espectáculo y la vida
Gritaba emocionada con cada golpe de la lucha de
esta noche



Fiesta de nahuales, Bárbara Ligia González García



En caso de haber empate, ambos gladiadores
perderían la máscara
Debo intentar no salir de la estrategia ya que
eso me
puede costar la pelea pero quiero dar un espec-
táculo, quiero que esta noche sea inolvidable,
haré un mortal desde la tercera cuerda, el
ganador se lleva la gloria
la sangre crece con cada golpe dado entre lo
luchadores y la
ganancia aumenta.
Dinero, es como un crimen, compartirlo sería
una
injusticia
19 años han pasado desde luminosa mañana
me recibió
Dale con la silla, pum, splash, pum, gritos,
golpes, ¡vivas!,
mentadas de madre
Un encuentro de dos a tres caídas a ganar

sin límite de tiempo.

Edgar Alan Poe

Huric Andrea Aguilar Ballesteros, La Salle Pachuca
Alicia Cruz Ríos, La Salle Oaxaca
María Fernanda Cuenca Hernández, La Salle México
Jazmín Fregoso Hernández, La Salle México
Brittany Daniela Díaz Sánchez, La Salle Nezahualcóyotl

Acompañante: maestro Daniel Guzmán Pelcastre, La Salle
Nezahualcóyotl

Distribuidor autorizado de poesía

Soñar lo inimaginable,
domar el viento,
helar las llamas del infierno,
guardar flores marchitas.
Demasiada poesía, es lo que vemos.
Demasiada poesía que habla de amor.

Basta poesía, otra cosa buscamos.

Beber besos como gotas.
Lamer gotas como sueños.
Demoler sueños como incendios.
Andar por el mundo distribuyendo poesía,
demasiada poesía.
Enloquecer como poetas.
Comer poesía.
Escribir letreros en la frente:
Marcar al 951 513 1075 para más poesía.



Street, Luisa Mendoza Vera

Creación individual

¿Cuándo lo permitimos?

Jessica Paulette Colín Villagrán
Universidad La Salle Nezahualcóyotl

¿Cuándo nos convertimos en ausencias?
¿Cuándo nos convertimos en carteles?
¿Cuándo nos convertimos en silencios?
¿Cuándo nos convertimos en objetos?

¿Cuándo perdimos nuestra esencia?
¿Cuándo perdimos nuestra historia?
¿Cuándo perdimos nuestra confianza?
¿Cuándo perdimos nuestra esperanza?

¿Cuándo nos volvieron insipencias?
¿Cuándo nos volvieron tan pequeñas?
¿Cuándo nos volvieron invisibles?
¿Cuándo nos volvieron vulnerables?

¿Cuándo fue que nos rompimos?
¿Cuándo fue que nos perdimos?
¿Cuándo fue que nos robaron?
¿Cuándo fue que nos quitaron?

Quiero respuestas a mis cuestiones.
Quiero que entiendas que no son favores.
Quiero quitarme estas cadenas.
Quiero encontrarme, tan solo plena.

Lo que ellos quieren

Esa chica sentada,
tiene tantos secretos.
Un mundo que no explora
por temores ajenos.

Aquella chica,
que vive en silencios,
ya no pinta
de colores sus sueños.

Abrumada se encuentra
de su utópico cuento.
Sabe que habla
en modo silencio.

Si sale de casa
no sale arreglada
pues teme que no
regrese a su cama.

¿Qué tipo de vida es ésta?
Siguiendo las reglas.
Una chica callada
es lo que ellos esperan.

Si cambia, la callan.
La agreden, su culpa.
Si grita, la matan.
Absurda cultura.

Raíces

Sofía Ludlow Cándano
Universidad La Salle Pachuca

Capítulo I

El bosque

En algún bosque del Oeste, el otoño se acercó silencioso desde las puntas de los árboles de ramas picudas. Cantaron los grillos bajo las hojas verdes y las flores que se desvanecieron en la hojarasca. El olor a limón y menta tuvo como sustituto el aroma a corteza seca.

Las figuras de luz se comportaban de manera inusual. Las luces mostraban una gran variedad de formas: algunas parecían insectos y otras se asemejaban a seres marinos, pero no eran ni lo uno ni lo otro. Se desplazaron con movimientos tristes y dulces, lucían erráticos y todos se dirigían a un mismo lugar, como si todos se hubieran puesto de acuerdo.

Allí había una niña; los wak'a la rodearon y la envolvieron sin aplastarla. La chica estaba desmayada. La luz de las criaturas brillaba en su rostro relajado. La forma tan apacible de su dormitar era envidiable.

—Estoy de pie mirando de frente dos luces tenues que parecen ser unos ojos; son luces, sin pupilas ni pestañas. No son ojos humanos, no conozco ningún animal que tenga esos ojos. Solo me miran cada vez que duermo, como si intentaran reconocermé.



Ilusión óptica, Frida Casandra Jiménez Paredes



—Todo está oscuro de nuevo.

Los jilgueros me despertaron. Vaya, ese sueño de nuevo. Estaba en una cabaña, la cama era un simple colchón con una cobija. Las ventanas eran opacas, solo podía ver las sombras de lo que se movía afuera; a mi lado había un mueble con pequeños cajones y a mis pies un gran librero lleno de libros, plantas, estuches y lo necesario para hacer pociones. El aroma de comida llamó mi atención: arroz, carne y pan.

Tomé un puño de arroz y lo comí. Y comí otro, y otro y otro. Era tan suave y calentito que por poco me hizo llorar. Después puse la carne encima del pan y pude sentir mi lengua humedecerse como la de un animal hambriento; con solo verla sentí en toda mi boca la suavidad, el calor y la mezcla salada. Escuché la puerta abrirse. Era una mujer y usaba una chaqueta naranja con líneas blancas, pantalones negros y botas café; las ropas de los yachay, chamanes quechuas.

Se sentó a mi lado, torció el cuello hasta hacer crujir las vértebras y me miró fijamente.

—Te encontré inconsciente y te traje a mi casa. Lamento si te miro mucho, pero tienes ojos grises, no es un color común.

Al levantarse me dio la espalda, relajó sus hombros y suspiró para continuar su discurso...

—¿Algún chamán o chamana te ha acogido, eres la protegida de alguien? ¿Por qué estás aquí, cómo llegaste?

Decidí no responder. Me llevé un trozo de carne a la boca; hacía mucho que no comía carne tan suave. Comí otro trozo de carne y lo mastiqué con más velocidad. ¡Qué hambre! La verdad no me apetecía compartirle mi historia.

Ella tenía cabello negro que al ser tocado por la luz del sol adquiría tonos violetas; era largo



y estaba atado en una cola de caballo con una cinta blanca. Sus ojos color miel, piel dorada, nariz recta y esa sonrisa afilada revelaban el brillo jovial de una mujer adulta y experimentada.

Me encaró de nuevo y dijo: –Me llamo Samay. Soy una yachay, estamos en la montaña Putucusi y vivo aquí.

–Aunque tus ropas no son las tradicionales de una yachay, tu mirada lo refleja perfectamente. Entonces estoy en Perú, de nuevo... –rezonqué y sonreí. – No me había encontrado con una auténtica yachay desde hace mucho tiempo, es refrescante.

–¿Mucho tiempo? Debes estar jugando, no tienes más de ocho años. ¿Cuál es tu nombre? –preguntó Samay.

–Sara.

Ella alzó las cejas, lo que reflejó su claro asombro y confusión. Yo, en cambio, encogí mis hombros y miré hacia otro lado, diciéndole con mi silencio que no tomara esas palabras como algo importante. Samay alzó la mano y acercó los dedos hacia mi frente; retrocedí en un acto reflejo.

–¿Me permites?

– ¿Qué esperas encontrar, yachay? – pensé.

–Percibo el olor de una gran tormenta de nieve en ti, cuyas ventiscas se mezclan en armonía con las estrellas y la tierra – dijo Samay.

Dentro de esa tormenta de nieve se erguía un árbol. Una sensación de calidez llegó al pecho de Samay y se dejó guiar, se adentró en las entrañas, al interior de la corteza. Al hacerlo vio las raíces que se extendían en todas direcciones y tan profundamente engarzadas que al querer seguirlas era fácil perder el camino. Se hubiera quedado ahí de no ser por los recuerdos que pudo ver en cada raíz.



—Estos son recuerdos. Recuerdos inolvidables, inseparables, de días muy lejanos—pensó. Pero si me diera la vuelta, podría perderme igual, así que debo ir temerariamente por este camino... Rezando por mañana.

Al bajar sintió su cuerpo extenderse al igual que las raíces del árbol. Frío y caliente. Hasta que una fuerte mano la agarró con fuerza del hombro y la lanzó al vacío.

Samay despertó en un alarido, su frente estaba perlada por el sudor. Reconoció que estaba en casa para tranquilizarse. Me miró. Nuevamente hizo crujir sus cervicales para relajarse.

— Creo que te alejaste demasiado —apunté.

Ella tragó saliva y mojó sus labios. Se levantó con esfuerzo, se acercó a la puerta y dijo:

— Voy por un vaso de agua; acaba tu comida y descansa un poco, lo necesitas.

Ella arreglaba sus cosas para abandonar la habitación. Mientras lo hacía, yo la miré fijamente masticando esa suave carne.

Capítulo II

Apu

A la mañana siguiente, Samay me invitó a caminar con ella. El paisaje no había cambiado desde la última vez que estuve aquí, sin duda las hojas estaban pintadas de naranja, amarillo y café por el otoño y aún había algunas moras y flores que recordaban que la naturaleza nunca se desvanece, pero no podía evitar sentir que había algo moribundo, muy en su interior.



Empezamos a escalar unas piedras enormes que formaban una especie de escalera natural. A cierta altura pude mirar el paisaje. La neblina se volvió un océano blanco y las cimas de las montañas, pequeñas islas; sin duda era una vista preciosa. El cielo de este país siempre alimentó mis ganas de flotar.

Sabía que Samay conocía los rumores sobre mí gracias a mis ojos, y si Samay lo sabía, seguro los aldeanos también. Por eso no venía nadie a donde estábamos. Probablemente preferían evitar meterse en algún lío y confiaban en que Samay sabía lo que hacía. La mirada dorada de Samay era tan transparente como su alma, ella brillaba de bondad y yo comenzaba a confiar en ella.

Cuando el cielo comenzó a pintarse de naranja, Samay decidió que era hora de regresar a casa para cenar y tomar un baño, pero antes de que llegáramos decidí preguntarle: – ¿Qué le ocurre a esta montaña? ¿Le sucede algo a Apu, el Gran Espíritu de la Montaña?

—Cuando llega el invierno, Apu se va a dormir al mismo tiempo que la montaña, pero como todo en la naturaleza, Apu también puede morir; éste será su último ciclo. Los Apu reencarnan cada cierto tiempo para seguir protegiendo la vida en las montañas; esa reencarnación es un Apu diferente, aunque su esencia no cambia. Pero cuando nazca uno nuevo, lo sabrás.

—¿Puedes sentirlo tú también? Lo que pasará – pregunté.

—Sí. Como yachay he aprendido a sentirlo. La primera vez me dejó muy afectada, pero con el tiempo aprendes a lidiar con ese sentimiento. Al menos eso sucedió conmigo.

—¿Duele mucho?



—Solo al principio.

Llegó la noche, intenté dormir, pero esos ojos ya no me miraban.

Apu ya no me miraba.

Desperté de un salto. Samay no estaba en casa, salí y traté de ver algún indicio de su regreso. Nada. Con el corazón demasiado inquieto decidí salir a caminar.

La primera vez que estuve en Putucusi, pude sentir la vida que emanaba de ella, una vida que latía y aleteaba, todo parece un sueño en esta montaña.

La vida de Apu era tan diferente a la mía, sabía cuál era su misión y siempre florecía de manera diferente. Y yo... seguía igual, anhelando el descanso, un deseo que siempre terminaba en un laberinto sin salida.

Entonces sentí un gran estruendo bajo mis pies descalzos que me caló los huesos. El viento rugió y la tierra se endureció y secó en un instante. Yo no paraba de temblar, podía sentir el llanto de Apu, lo sentía morir.

—Tu llanto de dolor me hace pedazos...—Comencé a rezar por su vida.

Mi conciencia cayó en un abismo negro.

Capítulo III

El orden natural

Este lugar prometía un salvaje dormir que por dentro me conducía hacia ese ansiado sueño eterno, interminable e irremplazable. Como un escalador ascendiendo a la cumbre, estaba segura de que ahora me encontraba lejos, más allá del cielo.



Me desperté y frente a mí había un río verde, azul y dorado. Estaba todo tan silencioso que los latidos de mi corazón tapaban mis oídos. Del otro lado del río había un gran tronco sin hojas y en su punta un huevo brillante. El huevo se rompió y cientos de burbujas doradas salieron, extendiéndose hacia arriba, iluminándolo todo y dando calidez al ambiente. Sentí una sensación de plenitud, que algo se había completado. El amor y fortaleza de Apu inundó mi corazón, sentí tanta alegría que no quería perderla. ¿Acaso esa felicidad y calma la conseguiría entrando a ese río?

Si entraba, probablemente no volvería. Comencé a caminar hacia el río para llegar al otro lado. De todos modos, nunca pertencí a ningún lugar... Vi muchas cosas menos un sueño. Por fin podré dormir y los días sin rumbo, simples e indefensos, se quedarán atrás y finalmente dejaré de ser una hija del viaje. Una fuerza ajena a mí me sostuvo de los pies y me impidió que avanzara. Unas manos translúcidas aparecieron ante mí y me señalaron el camino de regreso.

Una voz tronó:

—Cuando hayas llegado a tu destino, podrás vivir el resto de tu sueño.

Con la velocidad de un parpadeo estaba de regreso en el bosque y Samay corría hacia mí. Cuando estuvo cerca recargó todo el peso de su cuerpo sobre las rodillas y musitó mientras recobraba el aliento:

— ¿Estás... bien? — Al parecer no lo estaba, porque la pregunta de Samay se volvió insistente y sentí el rostro húmedo. Me di cuenta que estaba llorando, no tuve otra opción que contarle todo lo sucedido. Ella me consoló, sentí una calidez que emanaba de ella, su abrazo fue como un bálsamo.



Todo estuvo callado hasta que el suelo de madera de la cabaña en el bosque crujió a causa de que Samay se levantó. Ella hizo crujir sus cervicales y se dio un leve masaje desde el cuello hasta el cráneo, como acostumbra. Tomé la decisión de irme esa misma noche. Samay coincidió que era lo mejor, me dijo que siempre podría volver cuando quisiera y que ahora que conocía esa sensación y había experimentado todo aquello, la siguiente vez ya no dolería y apreciaría la vida de otra manera.

Me regaló unas botas de piel que ella misma hizo, pero que eran más pequeñas que sus pies; una capa de lana y un hatillo con algo de comer para el viaje. Sabía que ella quería explicaciones de lo que yo era y el cómo era posible que yo haya visto eso, pero no podía dárselas; yo tampoco tenía respuestas.

Después de mucho caminar, descansé en un campo de altas plantas de maíz. Miré a las estrellas mientras pensaba en las palabras de Samay:

—Recuerda que no hay un lugar en el mundo al que no pertenezcamos. Lo que viste son las raíces de la vida misma; y esa vida fue la que te hizo volver, lo que significa que perteneces a este mundo — Esas palabras me guían desde entonces.

Quiero llegar algún día al lugar de la beatitud. Todavía no sé el motivo por el que he vivido tantos siglos y puedo recordar todas mis vidas pasadas, pero gracias a lo que Apu y Samay me enseñaron, ahora sé cómo dejar el ayer realmente atrás y he aprendido a amar con el tiempo esas heridas que se han vuelto cicatrices que ya no duelen. Y si puedo vivir de verdad lo que la tierra tiene planeado para mí, entonces, querido viaje, llévame allí.

Entonces, querido viaje, llévame ahí.

Se anexa nota técnica

Zyania Roxana Santiago
Universidad La Salle Oaxaca

Veo en tus ojos reflejado mi sufrimiento,
tu alma es distinta a la mía
pero padece de los mismos males.

Yo me derrumbo y tú permaneces impassible.
Me siento extraviada, tú me tiendes la
mano.

Mientras lucho, tú me explicas tiernamente que no te
irás de mi lado.

Quisiera devolverte esa ternura,
pero eres hermético, retraído.
Me siento una llorona a tu lado.
No te quiero presionar, pero me duele verte triste:
callado, ensimismado en tu dolor.

Háblame de otra cosa

Lamento no poder hacer eso correctamente.
¿Cómo hablar del afuera cuando tu adentro
se derrumba?

No te quiero preocupar

No puedo, tu desánimo me angustia.
Ya no das para más,
y terriblemente recluso vienes a mí.
Estás tan lleno de culpa
y ese sufrimiento se vuelve rabia
porque a ti te dijeron:
**tienes prohibido contar esas cosas a
otras personas.**

Maldigo ese pensamiento



Arder, Alejandro Carrera Astorga



Y súbitamente la información se hace más presente ante mí:

índice de suicidios:

8.9 HOMBRES POR CADA 2 MUJERES

Dime

¿Qué guardas dentro de ti?

Nada... estoy bien. TE LO PROMETO.

“Las mujeres se sanan unas a otras” leí alguna vez.

“Secamos nuestras lágrimas y abrazamos nuestro dolor.

Del llanto viene la luz, y luego la sanación”

“Pero los hombres vienen a las mujeres por alivio.

Ese es nuestro tesoro”.

¿Por qué no se pueden curar unos a otros?

Mi papá con suerte va al doctor. No va a querer que le ande contando asuntos de la familia a desconocidos.

Y este es mi deber.

Se ha dicho de mil y un maneras:

¡Se va a caer!

El patriarcado se va a caer.

El sistema que nos violenta.

Y las mujeres nos unimos, despertamos y abrazamos.

Estamos juntas en esto.

Nuestra lucha

es larga.

Pero tú,

¿has querido alguna vez algo distinto para ti?

¿Para los otros hombres?

¿O ni siquiera te lo has preguntado?

He dejado mis vicios

Edgar Vázquez Antonio
Universidad La Salle Oaxaca

He dejado mis vicios a un lado, me estoy despidiendo de ellos, al menos por un tiempo; pero ¿por qué no dejarlos para siempre de una vez por todas? O... ¿por qué dejar algo que te hace tanto bien? Algo que te hace escaparte de la realidad del mundo, de un mundo enfermo, porque, ¿qué tan saludable es estar bien adaptado a una sociedad con tantos problemas? ¿Eso no me haría a mí un ser enfermo al igual que la sociedad en general? ¿Adaptarse no es también enfermar? Y bueno, mis vicios no dañan a nadie, a nadie más que a mí, no puedo decir que con mi vicio hago de este mundo algo mejor, pero al menos no lo empeoro; ¿qué más se puede empeorar? Vaya mundo de mierda.

¿Además, a quién le estoy faltando? ¿A qué nos vamos a alinear para decir que estoy viviendo mi vida de una manera incorrecta? Toda moral se sustenta hasta que nos topamos con algo que no podemos evitar corromper; llevamos en lo alto la insignia del bien solo cuando nos conviene, llevamos la virtud bien puesta hasta que vemos una oportunidad de desprendernos de ella, y lo hacemos. Porque, no seamos hipócritas, todos haríamos algo que va en contra de lo “recto” y los prejuicios si no hubiera consecuencias de por medio. ¿O no? Da igual. “Quién esté libre de pecado



que lance la primer piedra”, así que díganme, ¿a qué moral nos vamos a apegar para decir que estoy haciendo mal? Dime qué vicio tienes y te diré qué tan mal me ves, todo es cuestión de perspectivas ¿no?

Si vieras el mundo a través de mis ojos, a través de mi droga, te darías cuenta de que mi adicción no es tan mala como la tuya. ¡Ah! ¿no tienes vicios? Pues qué bueno que estés bien adaptado a esta sociedad, tú eres un ejemplo de que alguien de bien se puede adaptar a esta mugre, eres lo limpio entre la mierda, sin dependencias, sin problemas. Dime: si sueltas todo lo que tienes hasta quedarte sin nada, ¿podrías vivir, podrías estar solo contigo mismo? ¡Claro! Lo primero que se te vino a la mente fue un rotundo: ¡sí! ¿Eres sincero? ¿No te mientes? Lo más difícil es saber que te engañas. Yo lo hago con mi vicio, me digo a mí mismo: no necesito de esto para estar bien, yo lo controlo, no soy como los demás, no soy tan pendejo para caer en una adicción, yo sí puedo dejarlo cuando me lo proponga; porque no estoy enfermo, los enfermos son los demás que no se dan cuenta de sus problemas y andan ahí afuera como si nada, sin darse cuenta, viven sin vivir; en cambio yo, yo soy consciente de todo este desmadre, pendejos aquellos que se vuelven dependientes de algo, o de alguien... ¿Podrías estar tú sin una pareja? ¿Cuánto tiempo duras sin tener una relación, sin alguien que te haga compañía, sin alguien que te ayude a olvidar la soledad, con alguien que te haga escapar de la realidad, de tu realidad? ¿No es un vicio no poder estar solo? A nadie le gusta estar solo, siempre estamos rodeados de alguien... o de algo ¿no es así? Llámalo como quieras, pero te rodeas de eso que te haga olvidar que estás solo...



¿No necesitas tú de la aprobación de los demás? ¿No crece tu “autoestima” con las reacciones a tus fotos? ¿No alimentas tu vanidad cuando te llenas de notificaciones? ¿No estás escapando de la realidad a través de tu celular, a través de las redes sociales? ¿No estás llenando un vacío con esto?

No eres tan diferente a mí. Es más, estás más solo que yo... ¿no es así? ¿No es doloroso? ¿No duele saberlo por medio de un adicto como yo? ¿No es penoso que te lo diga alguien como yo? O bueno, la verdad, duele menos seguirse engañando ¿no? Por eso no lo reconoces ¿no es así? No te preocupes, también pasé por eso, solo que yo no tuve a alguien que me advirtiera desde la perspectiva de un adicto, de alguien que sabe lo que es mentirse; pero está bien, no pasará nada, tú seguirás engañándote hasta que abras los ojos, o hasta que sea demasiado tarde. Porque sí, hay algo peor que abrir los ojos y eso es nunca hacerlo, a pesar de que la vida misma te pide a gritos darte cuenta, la vida te pide cambiar y tú lo ignoras. Así lo hice, así lo seguirás haciendo y lo sabes, lo que aceptas te transforma, lo que niegas te somete, tú lo sabes, pero eres demasiado inteligente para caer en una adicción ¿no es así? Pues ¡oh sorpresa!, ya eres adicto a muchas cosas, y bien sabes que el problema no son las sustancias, el problema eres tú. A esta altura ya no es todo lo que venías arrastrando, eso ha quedado enterrado, el problema no es más que tú mismo, ahorita ya no hay nada peor en tu vida que tú, tu necedad de no querer cambiar lo malo en ti.

Sabes que estás mal que traes algo mal en ti y no haces nada por mejorar; pues adivina, no vas a cambiar nada en tu vida, seguirás realizando los mismos patrones, los mismos malos



patrones en tu vida familiar, con tus parejas, los mismos en todo lo malo; estás en un círculo vicioso en el que de tantas vueltas has empezado a escarbar un agujero que cada vez se hace más grande; cada error cometido, cada error que vuelves a cometer y del cual no aprendes, del cual no cambias, sigue haciendo el hoyo más y más grande. Cada vez, conforme pase el tiempo y conforme te niegues a cambiar, a mejorar las cosas, será más difícil salir de ahí; un día todo se perderá y ya no saldrás, pero seguirás engañándote, vivirás en un mundo feliz, en tu mundo feliz, y dirás: ese idiota sí que estaba mal, decía pura pendejada sin sentido; mírame, estoy de maravilla, en tu puta cara, imbécil: ¿no que no podía salir adelante?

Pero no, sigues igual, y pensarás que no. Pero no hay vuelta atrás, ya te he perdido, ya te has perdido, te engañas y estás bien, aunque no estás bien...

Rutina matutina

Alicia Cruz Ríos

Universidad La Salle Oaxaca

La alarma sonó despertándolos a otro día más... Abrieron los ojos y lentamente retiraron las sábanas de su cuerpo mientras se levantaban de la cama, metieron los pies en las pantuflas y entre bostezos se dirigieron al baño. Al verse en el espejo ella notó que les había salido un grano en uno de los lados de la cara; se acercaron para verlo mejor. –Nadie lo va a notar, dejémoslo en paz– dijo él al ver cómo ella lo tocaba. Salieron del baño para dirigirse al armario y cuando estuvieron frente a él lo abrieron de par en par. El dilema de todos los días comenzó nuevamente: ¿que vestirían?

–Creo que hoy hará mucho frío– dijo él –deberíamos ponernos un pantalón.

Voltearon a ver la ventana de su habitación, el cristal estaba sudando por la fría temperatura del exterior. Devolvieron su vista al armario y él tomó un pants que puso sobre la cama.

–El clima suele ser ambiguo– repuso ella mientras tomaba una camiseta ligera y después la aventaba sobre el pants –en un momento es algo y al otro ya no...

–Está bien– dijo él –pero hoy definitivamente necesitamos algo cómodo para los pies.

–Sí, sí– dijo ella mientras rodaba los ojos –estos tenis servirán.

Volvieron a ver la ventana, parecía que el frío no se iba a quitar; él tomó una chamarra y ella un sombrero por si acaso. Pusieron todo en la cama, lo acomodaron y lo vieron. Tan solo faltaba acomodar algo más... pero primero una ducha.



Se dirigieron nuevamente al baño, se quitaron la pijama y abrieron la llave de la regadera. Al instante el lugar empezó a inundarse de vapor caliente y poco después de sonidos desentonados que ella cantaba mientras él enjabonaba el cabello.

Cuando por fin hubieron terminado y enredado su cuerpo en toallas se dirigieron nuevamente al espejo. Entonces, al ver su reflejo, ella tocó con suavidad la tela que cubría su cuerpo y después de unos silenciosos segundos la jaló con fuerza.

—Bueno..., es tu día— dijo ella —así que haz lo que quieras.

Al escuchar las palabras de la mujer el hombre supo que tenía luz verde para tomar el control de la situación y del destino de ese día. Pero antes de hacer cualquier cosa observó con detenimiento el cuerpo femenino que tenía delante de sí, aquel que también era el suyo: —Si tuviera que explicarle a alguien por qué tu cuerpo es mío y el mío es tuyo no sabría que decir...

—Deja de pensar tonterías, somos quienes somos y ya...— le dijo ella —¡Vamos, apúrate! Se te va a hacer tarde.

Pero él no quería apurarse y ella lo sabía, María José sabía cuánto amaba el hombre esos momentos del día. Cuando era su turno, ella no se tomaba más de un par de segundos en decidir, pero cuando era el turno del hombre el suceso tardaba un poco más, tal vez porque, aun después de tanto tiempo, él seguía asombrándose de que tal cosa pudiese acontecer...

José María tomó el dedo de su mano y con él recorrió el hueso de su mandíbula, después hizo lo mismo con sus hombros, su torso, sus piernas, sus brazos, sus manos... con todo su cuerpo, con todo su lienzo. Sí, ese era su lienzo y en él estaban pintadas las decisiones que ella había toma-



do el día anterior. Las características que habían formado su ser por veinticuatro horas y que ahora debían desaparecer. Era momento de crear y nombrar, era momento de responder a la pregunta de todos los días... ¿Hombre o Mujer? ¿Que tal ambos? Pero sabía que eso no era posible, porque para que uno de los dos saliera el otro debía quedarse guardado y callado. Una de las dos energías que existían en su ser debía ponerse en movimiento y la otra debía permanecer en reposo. Así eran las cosas...

—Oye— le dijo ella sacándolo de su reflexión —pero sabes que seguiré aquí adentro, no te libras tan fácil de mí...— José María sonrió al escucharla.

Entonces, el hombre se estiró para quitarse el último rastro de sueño que había quedado en él y después decidió empezar la transformación con lo que se le hizo más fácil, su cabello. Ella lo había dejado un poco corto el día anterior, así que lo sujetó de las puntas y empezó a jalarlas con fuerza hasta que lograron acariciar su cuello. Satisfecho con cómo se veía pasó entonces a su cráneo y las partes de él. Le pareció que sus orejas estaban bien así de grandes como estaban y su frente también, pero su nariz necesitaba ser un poco menos refinada, tiró de ella para alargarla. Al ver los huesos de sus mejillas y su barbilla notó que eran tan marcados y estilizados como para ser los de un modelo. Él sonrió, sabía cuánto amaba ella la simetría en el rostro, por lo que decidió, en general, dejarlos como estaban, y tan solo procuró hacerlos un poco más suaves.



Dividida, Camila López Olmos



Luego vio su torso y tomando los huesos de sus hombros empezó a jalarlos hacia los lados. José María podía escuchar cómo se rompían mientras los estiraba. Al final, después de tanto ruido, sus hombros estaban más anchos.

El hombre vio sus piernas y notó que para su gusto ese día eran muy largas, así que, ignorando el frío de las baldosas, se sentó en el piso con el propósito de corregir la característica indeseada. El ruido volvió a hacerse presente cuando tiró de los huesos, que empezaban desde sus pies, hacia sus rodillas... Lo mismo hizo con sus brazos hacia sus codos y su abdomen hacia su pelvis. Al final se quitó quince centímetros de altura y redistribuyó la musculatura de su cuerpo de tal forma que coincidiera con la de un hombre. Por último, vio su sexo y sus pechos, tomó sus manos e hizo lo que tenía que hacer: encogió lo que debía ser encogido y moldeó lo que necesitaba ser moldeado, justo hasta que obtuvo el resultado deseado.

Cuando terminó, José María volteó a ver el espejo y se dio cuenta de que María José observaba en silencio su creación. Ambos se observaron un par de segundos y luego ella le sonrió; él sonrió de vuelta.

—Estamos listos...— dijo ella desde el reflejo.

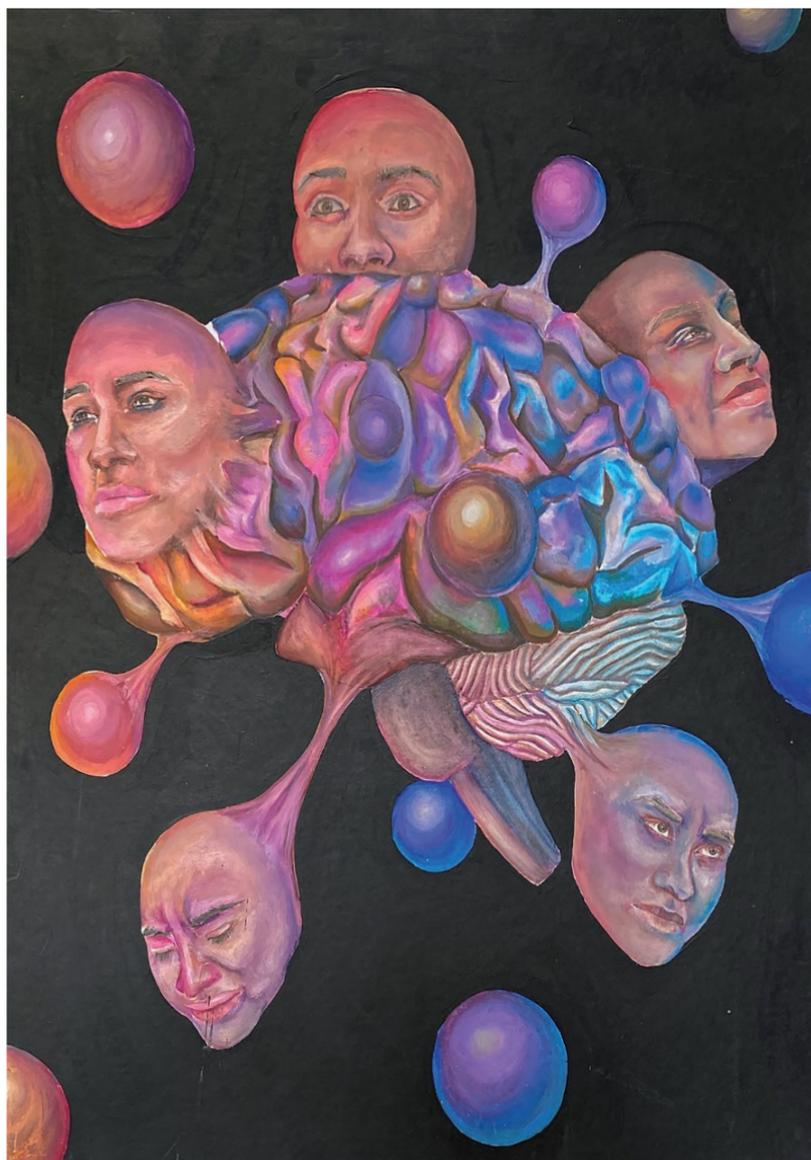
—Sí— dijo él —listos para volar.

—En realidad...me dan vértigo las alturas— exclamó ella y él abrió los ojos esperando que la mujer no se echara para atrás, le había tomado cuatro meses convencerla de tomar clases de vuelo.

—Estoy bromeando— dijo ella — ¡diviértete!

Él sonrió y ella le devolvió el gesto.

—Bueno, ¡vístete!— prosiguió ella —Él estará aquí en cualquier momento.



Sin título, Carolina Olmos González



Así lo hizo José María, cubrió su nuevo cuerpo con la ropa que ambos habían elegido y justo cuando terminó oyó que alguien llamaba a su puerta. Era su amigo Mateo.

– ¡Hey!– dijo su amigo con entusiasmo mientras entraba a su departamento –tienes un desmadre aquí adentro.

José María paseó su mirada por el lugar y se dio cuenta de que Mateo tenía razón. Había ropa por aquí, trastes por allá y muchas otras cosas más desperdigadas aleatoriamente, tenía un verdadero desorden. O más bien, ella lo tenía...

–Oye...– dijo Mateo recuperando su atención mientras se acercaba a él, entrecerrando los ojos y frunciendo el ceño.

Los ojos de José María se abrieron mientras veía como su amigo se le iba acercando más y más. ¿Por qué lo veía así? Intentó hablar con María José, pero ella estaba en completo silencio, y posiblemente no volvería a escuchar su voz hasta el día siguiente. El hombre empezó a ponerse nervioso, miles de cosas pasaban por su mente... “¿acaso me he olvidado de acomodar algo en su lugar?” preguntó a la mujer, pero esta no respondió...

– ¡Aj! deberías explotarte ese grano, se ve asqueroso– dijo por fin su amigo con una mueca de burla y asco. Inmediatamente José María se sintió aliviado.

–Como sea...– dijo su amigo – ¡Vámonos! Estamos retrasados...

Y dicho aquello, ambos abandonaron el departamento en compañía de su amigo.

Relato de un cuerpo

Huric Andrea Aguilar Ballesteros
Universidad La Salle Pachuca

Porque soy la suma de todas esas veces que mi piel se ha quebrado.

Porque soy esa tarde en la que aprendí a andar bicicleta y las veces que me caí intentando alcanzar a mi oponente.

Porque soy esa niña necia que quería saber cómo se sentía caerse de la cama.

Porque soy los accidentes que dejaron huella detrás de mi oreja.

Porque soy también las marcas que quedaron selladas en mi piel al estirarse. Porque tengo estrías que recorren mi cuerpo, todas inevitables, todas visibles.

Porque muchas veces me han avergonzado mis heridas; pero cada una me recuerda que el tiempo no es el mismo.

Sin embargo, hay otras tantas que ni siquiera recuerdo, y el cómo han llegado ahí se ha esfumado entre todos mis olvidos.

Tengo heridas en el alma que siguen abiertas, que no quiero curar, que no dejan de sangrar. Porque cada una de ellas se ha transformado en identidad, en historias que contar, momentos que jamás se perderán entre lo que mi memoria poco confiable pueda olvidar.

Porque soy cada huella que el tiempo y la vida me han hecho sentir.

Porque crecí.



Covid- 19 y la muerte, José Victorino Sánchez

A lado mío

Jazmín Fregoso Hernández
Universidad La Salle México

No estoy segura de cómo contarle; ha pasado tanto y al mismo tiempo nada. El tiempo transcurre, pero no avanza. Me has pedido explicarte cómo me siento y trato de hacerlo claro, pero mis ideas se mezclan y en el papel se dispersan traduciéndose en palabras sin sentido que no sé si valga la pena descifrar. Me despierto cada mañana con una sonrisa en la cara y una mueca en el alma. Me gustaba mi rutina, estar presente, pero ahora me siento en ausencia. No es lo mismo hablar contigo si no te siento al lado mío. Y, ¿cómo te explico que una llamada a un abrazo no se iguala? Sin embargo, entiendo que no soy la única que siente como si su vida se desvaneciera y que, si por ti fuera estarías conmigo. Los humanos somos seres sociales y siempre buscaremos formas de interactuar, de conectar y de amar, porque solo gracias a esto es que algún día, de ésta saldremos. Durante la pandemia he aprendido otras formas de expresar y recibir cariño, incluso el que me doy a mí misma. Nunca había tenido qué convivir tanto tiempo conmigo y no puedo creer todo lo que me había perdido. En pocos meses me di cuenta que era momento de replantear mis metas, mis prioridades, porque todo lo que antes creía importante, ahora lo vivo con distancia. Descubrí nuevos límites, nuevos talentos, nuevos sueños y una fuerza interior que nunca había tenido la necesidad de probar. Quizá la pandemia me quitó muchas oportunidades y un año que pudo haber sido memorable, pero la vida me ha puesto de cabeza y creo que ahora debo rearmar el rompecabezas. Cada pieza que muevo tendrá consecuencias y hoy elijo armar mi camino de la manera que más se parece a mis deseos. No me rendiré; hemos llegado tan lejos como para no ver mi rompecabezas completo. Un día a la vez, sin preocuparme, con lo mejor de mí y de lo demás la vida se encargará, así como del fin de esta pandemia y a mi lado estarás.

La esclavitud de la libertad

María Fernanda Cuenca Hernández
Universidad La Salle Nezahualcóyotl

1955, Nueva Orleans

Ada siempre fue una niña problemática, jamás hacía lo que su padre le mandaba. En la escuela no respetaba a ningún niño y cada que veía un anuncio de té Lipton lo arrancaba sin importar quién la viera.

Siempre había soñado largarse de esa ciudad. Vivir en Nueva York, vivir sola en su propio apartamento. Tener un schnauzer que la acompañara. Poder pegar un gran póster de James Dean en su pared; aunque era un hombre blanco siempre le atrajo, aparte de que era un actor genial. Para una chica negra, las posibilidades de vivir en Nueva York eran muy bajas, pero ella nunca perdía la esperanza.

Cuando cumplió los dieciséis años era la chica más hermosa de Nueva Orleans. Sus padres ya le habían aconsejado casarse, pues su madre lo había hecho a los catorce.

—No quiero dedicarme a estar encerrada toda mi vida como tú atendiendo a un bueno para nada.

—¿Cómo me llamaste? - dijo su papá, dejando su cerveza en la mesa para dirigirse a ella rápidamente.

—¿Acaso es sordo también? Lo que nos faltaba. Su padre le lanzó una bofetada, seguida de otra y de otra.

—¡Déjala en paz!

Su madre se acercó para separar a su esposo de su amada hija. Cuando lo intentó se ganó un golpe.



—¡Cállate mujer, tú no te metas en esto!

Llegó la noche. Ada estaba encerrada en su habitación mirando el techo, castigada y sin comer. ¿Se había arrepentido de llamarle así a su padre? Para nada, lo único que buscaba era su libertad. Se quedó otro rato mirando el techo, hablando con un gato que siempre venía todas las noches a hacerle compañía. Ella dice que es su ángel de la guarda, porque llegó cuando todas las cosas se estaban complicando

—¡Es tu hija! Deberías hacer mejor tu trabajo como madre y ama de casa.

—Sí, pero da la casualidad que ¡tú también eres su padre!

—¿Acaso me estás reprochando mujer?

—¡Agh!, otra vez están discutiendo, no les has caso.

1957, Nueva Orleans

—Ada ven acá, queremos presentarte a alguien.

Bajó rápidamente teniendo curiosidad de saber de quién se trataba. Cuando llegó a la puerta vio a un joven de pie. Alto, de un semblante serio y un poco melancólico; tendría unos veintiséis años.

—Ada, cariño él va a ser tu esposo, tu padre lo eligió para ti.

—Es un buen partido, trabaja conmigo en la fábrica y está buscando una esposa que lo atienda.

No podía creerlo. ¿Su boda? Apenas era una joven de dieciocho años luchando con poder ganarse un título universitario y él ¡ya había hecho su vida! Ni siquiera lo había visto. ¡No sabía nada de él! No podía ser cierto, no estaba lista.

Lo único que hizo fue correr, correr y correr; no sabía a dónde iba ni con quien, solo quería



escapar de ahí. Jamás se imaginó que sus padres podrían hacer semejante cosa sin su consentimiento, era como si quisieran regalarla o peor, venderla a un extraño.

Se sentó en una banca solitaria que estaba en aquel parque donde le vinieron recuerdos. Se quedó sentada por unas horas en espera de una solución. Tenía que evitar esa boda, aunque fuera lo último que hiciera.

Tenía un plan, solo le faltaba conseguir quien le ayudaría. Los candidatos o candidatas eran pocos. Más bien, ninguna persona se atrevería a ayudar a una mujer que no quiere seguir el propósito que le imponen en la vida: cocinar, atender a su marido sin ningún reproche y no opinar de nada, ya que el hombre es el que toma las decisiones.

Recordó a su mejor amiga de toda la vida: Clare. No sabía cómo convencerla, pero era su única opción.

Regresó a su casa, diciéndoles a sus padres que aceptaba el compromiso con aquel hombre desconocido. Sus padres estaban que saltaban de alegría, ya que jamás pensaron que su hija aceptara.

Al día siguiente, Ada le dijo a su madre que tenía que ver quiénes podían ser sus damas de honor.

—Ada no te preocupes por eso, tus primas pueden serlo. Además, ya llamé a todas tus tías y de seguro estarán de acuerdo.

—Sí, pero estaba pensando en Clare. ¿Sabes? Hace mucho tiempo que no la veo y quisiera retomar nuestra amistad.

—¡Me parece una idea genial! Aunque ella ya está casada y no creo que su marido quiera dejarla.



Clare se había casado a los dieciséis años con un cliente de su padre, veinte años mayor que ella; era su cuarta esposa. Había aceptado debido a que el hombre era muy rico y sacaría a su familia de la pobreza. Ada estuvo en contra de esa unión. Por ello, habían roto una amistad de años.

–No te puedes casar con ese hombre, ¡es mayor que tú! Aparte, no lo conoces.

–Ada, aunque no lo quiera, debo de obedecer a mi padre, sabes lo que me pasará si no lo hago.

–Lo sé, pero esto es injusto, deberías huir.

La casa de Clare estaba en la zona más exclusiva de Nueva Orleans, donde las personas con dinero podían gozar una vida de lujos. Ada no hizo más que quedarse admirando el gran portón moderno que tenía frente de ella, sus grandes arcos adornando la entrada y los enormes ventanales. Se decidió a tocar el timbre.

–Buenas tardes, ¿está la señora Clare? Soy una vieja amiga de ella.

–Un momento por favor.

Le cerró la puerta en la cara; probablemente tenían prohibido dejar entrar a cualquier extraño que se presentara diciendo que son viejos amigos de la pareja. La puerta se abrió mostrando a una Clare melancólica, cansada y aparentando más edad de la que tenía. Su maquillaje no ayudaba mucho, ni la ropa que traía puesta.

–¿Ada? ¡Ada, cuánto tiempo sin verte!

–¡A mí también me alegra verte!

Las dos se envolvieron en un cálido abrazo que duró una eternidad o probablemente más, pero a ellas pareció no importarles, pues habían pasado casi cinco años desde que no se veían. La hizo pasar a su casa, tomaron un café y pasaron horas platicando. Ada se dio cuenta que Clare tenía un moretón en el lado izquierdo de su cue-



llo que empezaba desde su oreja hasta llegar a la clavícula. Ese moretón estaba fresco y apenas se alcanzaba a ver gracias a la magia del maquillaje. Decidió no mencionar nada y continuó con la conversación.

–Oye, Clare, siempre hemos sido amigas y nos hemos apoyado en todo, a pesar de que hubo un tiempo en que no teníamos contacto una con otra. Pero alguna vez juramos apoyarnos pasara lo que pasara.

–Ada me estás asustando.

Ada le empezó a contar todo lo que habían hecho sus padres, que ella no estaba de acuerdo y planeaba fugarse. Clare no quería meterse en problemas, ya que sabía muy bien el tipo de persona que era su esposo. No pensaba retarlo; pero, por otro lado, quería librarse al fin del infierno que estaba viviendo.

–Ada, no necesitas pedirlo dos veces, por supuesto que te ayudaré.

Al día siguiente, su madre ya había traído a unas costureras para tomarle medidas. Ada fingió interés en los planes de la boda.

Era el día en que su madre le ayudaría a sus votos matrimoniales, ya que Ada no tenía ni la más mínima idea de lo que le podría decir a un completo extraño. La semana anterior sus padres le sugirieron tener una “cita” con su prometido para que lo conociera un poco. Fue ahí donde se dio cuenta de que no tenían absolutamente nada en común, por lo que reafirmó su intención de huir lo más rápido posible.

–Prometo dejarte tu ropa planchada antes de que te vayas a trabajar.

–Mamá eso es una total tontería, él puede hacerlo por su propia cuenta, no es un niño pequeño.



–Lo sé, pero eso les encanta.

–Claro, les encanta tenernos de esclavas, de nada sirvió que nos liberaran.

Ya casi era el día de la boda, pero Ada no tenía un plan. Clare le comentó que podría robarse el carro con el que iría a la fiesta. A Ada le pareció buena idea. Los preparativos seguían adelante. Ya tenían todo listo, solo faltaban las argollas, ya que el dedo de la novia no entraba en el anillo.

El día de la boda llegó. Ada estaba tan perdida en sus propios pensamientos que, cuando las modistas le decían que alzara las manos o hiciera un movimiento, no las escuchaba.

–Tienes que sonreír, es tu boda– le decían.

Ada solo sonreía pensando que ese día iba a ser libre. No soportaría más a su padre gritando y pegándole a su madre; jamás iba a dejar que un hombre la tratara como un objeto e iba a hacer lo imposible para luchar por sus sueños.

– ¡Wow! esa sonrisa no la había visto jamás– le dijo su madre.

–Lo sé, estoy tan feliz.

La mamá de Ada estaba tan feliz, porque pensaba que al fin su hija había aceptado el papel de esposa sumisa. La dejaron sola en la habitación donde suelen arreglarse las novias. Esa fue su gran oportunidad. Clare la estaba esperando dentro del carro del lado del conductor. Había aprendido a conducir a escondidas de su esposo.

Ada rompió una de las ventanas del cuarto para poder escapar, se subió al auto como copiloto y Clare arrancó lo más rápido que pudo. Todos en la iglesia lo escucharon. Salieron, y al ver que la novia no estaba todos sospecharon que huía dentro del auto.

–¿Qué está haciendo?– dijo su padre, mientras corría hacia ellas.

–Yo voy contigo– dijo la madre.



Sus padres y el novio se subieron a su auto para poder alcanzarlas. Cuando estaban a la par Ada y Clare no sabían que hacer, no iban lo suficientemente rápido para poder rebasarlos.

–¡Deténganse, o lo hago yo!

El padre de Ada trató de chocarlas, pero Clare era muy buena esquivándolo. Ada se estaba arrepintiéndose de lo que estaba haciendo. – Debí salir sola de ahí– pensó, –no tenía que haber involucrado a Clare en esto. ¿Morir? Ella no le temía a la muerte, pero sabía que no se perdonaría si algo malo le pasaba a su amiga.

–¡Clare, detén el auto!– dijo Ada.

–¡No voy a parar, sabes lo que nos sucederá si nos detenemos!

–¡Lo sé, es por eso que te lo estoy pidiendo, no quiero meterte en más problemas!

–Ada, prefiero morir aquí contigo a amanecer muerta en mi propia casa, asesinada por mi marido.

Clare se veía segura, y estaba claro para las dos que, si paraban, se condenaban a estar eternamente encerradas en un manicomio. Con lágrimas en los ojos, Ada se aferró a la mano de su amiga.

–Espero y puedas perdonarme, Clare.

–No hay porque disculparse, te veo del otro lado.

Después, Clare se desvió de la carretera, haciendo que el carro cayera dando vueltas en una barranca.

Fue noticia en toda Nueva Orleans: dos mujeres rebeldes tratando de huir de sus compromisos maritales. Unos afirmaron que eran amantes, que trataron de escapar para poder estar juntas; otros, que las había asesinado el novio despechado. Un sinnúmero de rumores que no se acercaban a la verdad. Pocos saben que al fin sus almas pudieron estar en paz, libres de la opresión del infierno que vivían.

Ramé

Brittany Daniela Díaz Sánchez
Universidad La Salle Nezahualcóyotl

Era una noche lluviosa. Me encontraba sentada en mi habitación, embelesada viendo resbalar las gotas por mi ventana. Admiraba el glorioso paisaje que se mostraba a través de ella mientras meditaba en un concepto que había encontrado. Ramé en balinés es algo a la vez bello y caótico. Un concepto que pensé en desarrollar en mi próximo proyecto de diseño de moda.

Inesperadamente escuché el grito de mi madre, que me llamaba para cenar. En unos instantes me encontraba en la mesa, en espera de que mi padre, Dante, se acomodara. –Haticce, ¿qué harás cuando termines la universidad? –me preguntó. –Tengo entendido que solo te faltan tres meses para concluirla.

Asentí con la cabeza, mientras me pasaba el bocado que tenía en la boca. Por unos instantes me aterró; pero, al mismo tiempo, me armé de valor para poder decirle:

–Padre, si me lo permite buscaré un trabajo. Cuando tenga estabilidad económica procederé a independizarme de la familia, sin dejar de apoyarlos.

Mi padre me miró con angustia y enojo, mientras que mi madre me miraba con tristeza, pero al mismo tiempo con orgullo. Siguieron unos minutos incómodos después de mis palabras, nadie dijo nada. Mi hermana Molly, para romper el silencio dijo fuertemente: –Te deseo el mayor de los éxitos.



Al día siguiente, en la entrada del colegio, me encontré con mi mejor amigo Demian. Me sorprendió bastante que me recibió con una sonrisa realmente exagerada.

– ¡Holi! ¿Qué es lo que estás tramando?– dije con voz curiosa.

– Hatice, emocionate un poco, tengo algo que te va a encantar. Más bien, que te puede arreglar la vida. Muy emocionado, extendiendo su mano hacia mí me dio un papel.

Lo observé detenidamente: era una cita para una entrevista de trabajo en una famosa empresa de diseño de moda. Me sorprendí, grité emocionada y me lancé para abrazarlo.

– Demian, ¿cómo conseguiste esto?

– No importa el cómo, lo importante es que lo aproveches al máximo; lo demás te toca a ti. Aprovechalo, hermosa– dijo, alejándose del abrazo.

Al regresar a casa, rápidamente subí a mi habitación para preparar todo lo que Demian me había recomendado para la entrevista. Me encontraba ya muy cansada, pero me preocupaba el proyecto de los diseños de ropa invernal. No tenía la menor idea de cómo plasmarlo en una hoja de papel.

Recordé el ramé y decidí empezar a dibujar todo lo que pasara por mi mente. Así trascurrieron varias horas, hasta que me di cuenta de que ya eran las tres de la mañana. Estaba agotada pero orgullosa del trabajo que había logrado. Ya solo me faltaba un boceto por terminar, así que decidí ir a dormir para aclarar las ideas de mi mente y poder terminarlo unas horas más tarde.

Me encontraba acostada, entrecerrando y abriendo los ojos para poder observar la hora en mi celular. Me percaté que eran las diez de la mañana. Me levanté exaltada al darme cuenta de que llegaría tarde a la universidad. Mi clase



empezaba en media hora. Corrí como pude a la ducha. Al terminar de arreglarme tomé mis cosas y salí corriendo de la habitación.

Sin decir nada, me dirigí a la puerta de salida. Subí a mi moto lo más rápido que pude para llegar a tiempo. Por suerte lo logré; llegué justo con la tolerancia que el profesor daba para tomar su clase. Me sentí frustrada por un momento, pero me relajé cuando por fin pude tocar mi asiento. En un instante me quedé perdida en mis pensamientos. Sin darme cuenta las clases habían terminado. Por fortuna, Demian me había despertado de mi sueño mental para poder regresar a casa. Mis sueños mentales eran frecuentes, me daban la paz y la tranquilidad que necesitaba, me hacían sentirme viva. En ellos no había estereotipos, opresión, discriminación ni ninguna otra cosa negativa que este país tiene; simplemente en ellos podía ser yo misma sin ninguna preocupación.

Llegó el gran día, por fin tendría la entrevista. Me levanté más temprano de lo habitual por lo nerviosa y emocionada que estaba. No me podía quitar esa sensación de angustia. No sabía por qué, pero sentía miedo y al mismo tiempo entusiasmo.

Ya me encontraba completamente lista para ir a mi cita, tenía todo lo que necesitaba. Al llegar, no pude evitar observar el gran edificio que estaba frente a mí; era tan imponente que me llegaba un sentimiento de nerviosismo tan solo con verlo. Respiré profundo, me armé de valor para entrar. Caminé hasta donde estaba la señorita de la recepción, que me observaba de una manera desagradable. Al momento que le dije que tenía una entrevista de trabajo, su mirada se hizo aún más áspera.



Enojada y todo me dijo que tomara asiento, que esperara a que me llamaran. Hice exactamente lo que me dijo y esperé pacientemente.

Pasaron diez minutos hasta que pude escuchar mi nombre. Una señorita elegantemente vestida me pidió que la siguiera. Me levanté de inmediato.

– Señorita Hatice, acompáñeme por favor– dijo la mujer rubia señalando el pasillo.

Llegamos a una puerta grande color negro, la cual tenía un grabado extraño que no pude reconocer. Me quedé admirándola unos instantes, hasta que me dieron acceso a una oficina. Me acerqué al escritorio de mármol blanco que se encontraba frente a mí. Al instante escuché mi nombre por segunda vez, para indicarme que tomara asiento.

– Hatice, es un placer conocerte– dijo la rubia con una sonrisa amable.

– El placer es mío señorita Karin– dije con voz clara y firme al leer el nombre en su gafete.

– Soy la subdirectora de esta empresa, seré quien te entreviste el día de hoy. Espero que estés lista para que podamos comenzar– dijo extendiendo su mano para que le entregara mis documentos.

– Estoy lista, señorita, podemos comenzar cuando desee –respondí entregándole mi carpeta.

Al salir del gran edificio, por fin pude sentir alivio en mi cuerpo. Al parecer todo había sido mejor de lo que esperaba. Me sentía feliz por saber que a la subdirectora le habían gustado mis diseños, eso me hacía tener esperanzas.

Caminé un gran rato observando los alrededores. Cuando llegué a mi casa, me encontraba exhausta y lo único que quería era descansar.

Al llegar a mi cuarto me lancé a la cama para relajarme. Aún me sentía ansiosa, pues serían



cinco largos días antes de recibir la respuesta de la empresa. Con todo y mi angustia no pude evitar quedarme dormida.

Pasaron los días. En el último de la espera, me encontraba ansiosa al ver que aún no recibía un solo correo; me sentía impaciente por no saber nada. ¿Acaso estas personas no se ponen a pensar en la intriga que nos causan?

Me dispuse a salir de casa. Me dirigí a la cafetería que estaba frente de la escuela. Vería a Demian; hoy no había clases, así que tendríamos tiempo suficiente para platicar de cualquier cosa. Sabía que me atacaría con preguntas sobre la entrevista, pero no le contestaría, no por el momento.

Llegué a la cafetería. Demian aún no llegaba. Tomé asiento en nuestra mesa de siempre y pedí un capuchino. De pronto escuché mi teléfono sonar, al parecer era un mensaje. Ingenuamente pensé que sería uno de Demian, ¡pero no! Era el correo que había esperado toda la mañana. Tenía miedo de abrirlo. Cerré los ojos fuertemente; cuando por fin tuve el valor suficiente, los abrí y me dispuse a leerlo.

Grité de emoción, me habían aceptado. Estaba tan feliz que no me importó que la gente me mirara con mala cara. Solo me importaba en ese momento mi felicidad. Sin percatarme, Demian había llegado. Yo seguía haciendo mi ridículo frente a él. Al darme cuenta de su presencia no pude contenerme: le conté todo lo que había pasado. Sin darnos cuenta pasó muy rápido el tiempo.

Al día siguiente me desperté tarde; afortunadamente tampoco tendríamos clases, así que por lo único que me tenía que preocupar era por llegar a tiempo a mi nuevo trabajo. Lo cual no me



inquietaba mucho ya que debía presentarme a las tres de la tarde.

Al llegar a la empresa, me dirigí con la señorita de la recepción. Ella me llevó a una parte de la empresa que era exclusivamente para los diseñadores de moda. Me mostró mi escritorio y me dijo que esperara las órdenes de mi jefe, Adrián.

De pronto, entró un hombre de apariencia impactante que, con cada paso dado, imponía su presencia y generaba un silencio expectante. Me asusté cuando sus ojos azules, de un aura penetrante, se dirigieron hacia mí.

– Hatice, ¿no es así? – me preguntó con voz firme.

– Es un placer conocerlo, dije con voz nerviosa.

– Estás aquí para trabajar en el departamento de diseño, a prueba, sin contrato. Como es tu primer día te lo haré fácil: debes entregarme tres diseños innovadores antes de las 5:30 de la tarde, de lo contrario no te molestes en poner un pie de nuevo en mi empresa. ¿Lo entendiste?

– Perdón señor, pero creo que es muy poco tiempo para poder entregar tres diseños diferentes, ¿podría darme un poco más de tiempo?– dije dibujando una leve sonrisa en mi rostro.

– No sé quién te crees. Si no puedes con la tarea que te he encomendado puedes retirarte ahora mismo. Nosotros no queremos personas que solo vienen a calentar el asiento. Te diré una cosa más, Hatice: ésta es la razón por la que no me gusta contratar mujeres que no tienen experiencia laboral. Personas como tú solo sirven para calentar asientos, así que como veo que no puedes hacer el trabajo te pido de la manera más amable que dejes de ensuciar con tu presencia mi empresa. Re-tí-ra-te.



Respiré profundamente para armarme de valor y le contesté: –Disculpe señor, pero no sabía que esta empresa se había hecho famosa por la explotación y machismo hacia sus trabajadoras. Realmente me decepciona que un machista como usted sea el que dirige esta empresa, así que le pediré que no me vuelva a insultar de la manera como lo hizo. Con respecto a lo que me pidió, lo tendrá en su oficina antes de esa hora. Si me permite, tengo que trabajar– dije con voz firme.

Me encontraba enojada y temerosa por las palabras anteriores. Era la peor persona que pude conocer, ¿acaso cree que nosotras no valemos nada? Solo porque tiene dinero no significa que pueda tratarnos así. Por eso mismo decidí armarme de valor para responderle, no iba a dejar que me humillara más de lo que ya lo había hecho y mucho menos le iba a dar el gusto de verme derrotada.

– Muy bien señorita, al parecer no es tan inútil como parece. Espero sus diseños a la hora indicada. De lo contrario, no se moleste en ir a verme. No quiero perder el tiempo con una persona que debería estar ayudando en el hogar o perdiendo el tiempo en la escuela. Ahora, ¡todos a trabajar que nada interesante ha pasado!

Salió por el pasillo, orgulloso por haberme ofendido de nuevo.

No podía creer que él fuera mi jefe. ¿Cómo una persona tan déspota y descarada podía tener un cargo tan importante? Si fuera el presidente del país, las mujeres no podríamos ni entrar a una escuela. De seguro pensaba que solo servíamos para trabajos del hogar. Pero se equivoca, no me importa lo que tenga que hacer, le demostraré a ese niño rico que las mujeres podemos ser igual o mejor que los hombres. Comencé a dibujar con



toda la frustración que tenía. Ramé, pensé, ramé. Después de un rato me fue relajando el hecho de estar haciendo lo que me gustaba. Me quedaba exactamente una hora para que se cumpliera el plazo. Afortunadamente, el coraje me había dado mucha inspiración.

Al terminar mi último boceto me dispuse a ir a la oficina del jefe. Ganas no me faltaban de golpearlo, pero tenía que contenerme.

– Aquí están los bocetos que me encargó, espero sean de su agrado– dije con voz firme.

– Al parecer eres eficiente, ahora veo por qué mi hermana te contrató. Pero, aún así, deberías esforzarte más; esto que me entregas apenas llega a la mitad de los estándares que solicitamos en nuestros diseños. Podemos ocupar esto para hacer una gama de baja calidad– dijo tirando mis diseños en su escritorio. –Si no tienes otra cosa más que decirme, retírate y sigue esforzándote.

Me retiré de su oficina. Al salir, brinqué de emoción, porque sabía que mis dibujos le habían gustado. De otra forma, no me habría dicho que me siguiera esforzando, solo que era demasiado machista para aceptar que lo había hecho bien.

Después del trabajo me fui directamente a casa. Me encontraba pensativa, algo enojada por lo que había pasado en la tarde. Realmente no podía entender cómo es que había hombres así. Sé que no todos son iguales, pero de solo pensar que habría más mujeres como yo, que estaban pasando por una situación similar o peor, me daba mucha rabia. Sé que en este mundo, para nosotras las mujeres, será doblemente difícil triunfar como profesionistas; pero también sé que nada nos será imposible. Somos guerreras que no nos damos por vencidas a pesar de las tormentas que enfrentamos.



Me siento muy orgullosa de ser mujer, de demostrarle al mundo no solo mi valor como tal, sino como persona, como ser humano. Sé que con esfuerzo y dedicación algún día lograremos contrarrestar todo ese machismo y opresión que padecemos. Algún día, no muy lejano, dejaremos atrás todas estas humillaciones y forjaremos un futuro mejor, porque nosotras somos algo hermoso, pero al mismo tiempo un caos que nos hace ser incomparables e inigualables. Somos, simplemente, un ramé.

Gaman 我慢

Janet Murcio Cortés
Universidad La Salle Oaxaca

Un amargo recuerdo nutrió a la resiliencia
como oportunidad para aquel lejano ayer,
donde un atroz **infierno** se abrió paso
sobre la tierra del Sol Naciente.

Hasta el cielo un gran **¡boom!** retumbó,
aquel inquietante resplandor dio paso a un
sigilo abrumador,
las ciudades fueron abatidas por un inefable sentir.

La vida se encontraba hundida dentro de
un **abismo** triunfante,
mas nadie esperaba los verdaderos
efectos tras el desastre,
una nociva secuela en el aire.

Después de incontables **tictacs**,
desafiando la metamorfosis del inmensurable sufrir,
una nueva flor de loto surgió rebosante del fango.

Pues el pequeño **dragón** derribado
creció, se levantó y no volverá caer.

* Gaman se refiere a la resistencia y la capacidad de seguir intentando algo a pesar de las adversidades, o de seguir luchando a pesar de que parece que todo está perdido.

Belleza

Tras varias lunas, dedicó una mirada al que recordaba como un cristalino tormento, observó aquel reflejo con gran sollozo; disipó su mente y una sonrisa le concedió al retrato.



Autorretrato, Fernanda P. Becerra Rendón

Delirio de sueños

María José Gómez García
Universidad La Salle Pachuca

Hoy soñé que me veía a mí misma envuelta por luz marchita, nadaba por la niebla estelar y bellas vistas, me perdía en el sol, en el mañana. Un tarareo de mareas que danzaban al infinito filo me arrulló mientras una sobria melodía me aspiraba y llenaba mi pecho.

Tomé una sobredosis de placebos que me hizo imaginar, mientras sostenía con un puño mis mentiras. Las escupí, no eran pastillas débiles, eran felicidad real.

De este pequeño éxtasis no quiero despertar pensé, mientras que grises flores y árboles marchitos rodeaban un cuerpo que ya no era mío. Entre espectrales sombras y opacas siluetas reconocí a mi otro yo con su risueña voz prometiéndome siempre hacerme feliz, y eso me alegró tanto que desperté de aquel coma.

Ahora estaba en un atardecer en la superficie más próxima a la exosfera, me manchaba con tinta alba las yemas de los dedos y empezaba a pintar mientras sentía aquella sensación de dejarlo todo; y de mis ojos comenzaron a llover gotas. Cuando una gota caía no sonaba, cuando la otra caía tampoco producía sonido; me comencé a frustrar porque no escuchaba la fina y dulce música que alguna vez resonó en mi ser. De la ira empecé a escupir las amígdalas que guardaba mi cerebro; ellas empezaron a desarrollar un corpóreo con la forma de aquella con risueña voz. Sin embargo, ahora escuchaba carcajadas re-



tumbando y haciendo que las gotas se volvieran nubes y evolucionaran a brillantes estrellas que disparaban su luz lejos por la galaxia.

Pensé en desmayarme para encontrar otro coma con promesas; sin embargo, me perdí entre las palabras y sollozos que alguna vez se dirigieron hacia mí. Fue cuando soñé conmigo, mi otro yo con voz risueña; estaba acostada en la parte de atrás de un descapotable, sobria, latiendo entre mis delirios, contando con mis dedos las estrellas en ese gigante manto oscuro mientras reía, mientras lloraba.

La luna iba haciéndose más grande y la de voz risueña no notaba donde estábamos; aun así, trataba de olvidarlo. La luna fue inundando su propia imagen en un gran lago que aún no se acababa de expandir; y vi cómo me quedaba atrás como un borroso recuerdo. Comencé a sentirme desolada y de pronto aquel lago tomó la forma de mi mayor miedo. Me levanté del sueño y el lago ya estaba seco mientras que yo estaba empapada en una piscina vacía al lado, con los ojos y la boca llenos de espuma.

Entonces desperté de nuevo. Ahora estaba caminando al lado de un río de cristal con peces de colores llamativos, sosteniendo una pesada espada en la mano izquierda. Espontáneamente todo se empezó a desvanecer y el suelo poco a poco se volvía gris. Luego lo dejé de ver, solamente observé un ambiguo vacío con el cual tropecé hasta sentir que flotaba en la nada, con una espada entre mis dos manos, sin saber si tenía los ojos abiertos o cerrados, sintiendo una flama que recorría mi cabeza. Cuando iba cayendo pensaba en mí y en el oscuro pasillo sin salida de mi mente que en ese momento se veía más claro que nunca.



Abrí los ojos en un amanecer de estrellas difusas de las que aún me siento enamorada por su brillo y titilar explosivo. Enfrente de mí, todos mis sentimientos y frustraciones se derritieron y yo también comencé a derretirme. Y entonces con mi licuoso ser formé charcos de colores de donde florecían violetas y claveles, y sin esperarlo divisé que me fui flotando divagante como pétalo y volaba tan alto por el cielo a la par que crecía formando todo un tallo que tomaba la forma de una espada, hasta ver el hueco cielo de nubes que se quemaron con el sol formando flamas siderales que se encendían más; era lumbré sobre un océano de serenidad. Después miré mi cintura: ya era yo otra vez, en carne y calor humano, con una sensación de libertad que se confundía entre mis desvelados ojos, se enterraba en el brillo de mis pestañas y el secreto de mis pupilas, donde encontré dentro de mí la palabra amor entre ciegos palpitaes. Luego escribí sobre el alma y el cuerpo, susurraba algo mientras estaba escondida en rojos cielos y hojas secas que tronaban leves con el tiempo como una pintura abstracta que captaba mis retinas; era un delicado apocalíptico, un sueño –mi sueño– en el que escondía mi dolor, mi deseo, mi más profundo secreto: que aún me quiero.

Futuras ausencias de una vida

María Fernanda de la Rosa Carmona
Universidad La Salle Nezahualcóyotl

Casi en la entrada de su casa, logró divisar a su tío J -hermano de su padre- tocando a la puerta. Se le acercó y lo saludó con ánimo, hacía años que no lo veía y estaba contenta de poder hacerlo de nuevo.

El hombre, que le sacaba al menos una cabeza completa de estatura, le preguntó si estaba su hermano. La joven negó. Para entablar una conversación familiar, le comentó que estaría trabajando hasta tarde y que su madre apenas empezaba su turno del día.

Su tío le cuestionó por qué no lo dejaba entrar a su casa. La de ojos café apenas se percató que seguían todavía en la puerta de la entrada; la abrió y caminaron hasta la sala.

M trató de contactarse con su madre para saber qué podía ofrecerle a su familiar, pero la respuesta fue nula. Le marcó siete veces más, solo dos a su padre porque no quería molestarlo en el trabajo.

J recorría la habitación mientras la chica hacía el intento de hablar por teléfono. Después de las llamadas le dijo amablemente que no tenía problema en esperar a que llegara cualquiera de los dos.

Le preguntó cómo iba en la escuela. M respondió que su promedio era de los mejores. J le preguntó si tenía muchos amigos. M asintió y se sentó en uno de los sillones de la sala; su tío hizo lo mismo.

J le hizo doce preguntas exactamente, cada una más personal que la otra, mientras la dis-



tancia se hacía más corta entre los dos. La incomodidad de la muchacha crecía a cada momento. En el último momento de la última pregunta, el hombre se acercó hacia la menor quedando a su derecha. La chica hizo su cuerpo de lado. Cuando trató de levantarse del asiento él la detuvo con la mano.

Le dijo que todo estaba bien, que no tenía nada que temer. Solo quiero darle un abrazo a mi única sobrina, mencionó con una sonrisa cínica. M se excusó diciendo que tenía que hablarle a una de sus amigas que estaba por llegar a su casa. Aunque sabía que ninguna de ellas la visitaría en ese momento.

J jaló la mano de M hasta que la sentó a su lado por la fuerza. Con la otra, empezó a rozar su rodilla desnuda, mientras levantaba la falda de cuadros café con negro, poco a poco. Se acercó tanto a M hasta que su respiración agitada azotaba la cara de la inocente chica.

M intentaba moverse, pero el esfuerzo era en vano; era como un alma encerrada en un ataúd tratando de escapar de las sombras. Su respiración se agitaba más con cada segundo. Sus manos empezaban a temblar. El hombre acercó su rostro al de ella tratando de besarla. Su cuerpo, como reflejo de la acción, evitó el sucio beso.

J interpretó el movimiento como símbolo de ataque. La jaló del pelo y la azotó en el mismo sillón en el que momentos antes habían estado platicando. Recargó sus rodillas en los muslos de M. Con la mano izquierda, agarró las dos muñecas de la muchacha, con tanta fuerza, al punto de hacerla gritar del dolor. J le tapó la boca. Minutiendo, le susurró que si dejaba de gritar ya no la lastimaría.

M entró en un llanto silencioso, mientras su tío levantaba su falda. Arrancó su ropa interior,



dejándole marcas en la piel. Le levantó la blusa, le acarició violentamente el torso desnudo.

La menor, con movimientos bruscos y gritos ahogados por el llanto, intentó zafarse. El hombre se bajó el pantalón, abrió una de sus piernas y la penetró con fuerza. La chica gimió de dolor, él puso la mano en su pequeño cuello. Ella se quedaba sin aire, su mente se perdía, quedaba en blanco, desaparecían sus ideas... el dolor, también. Sus ojos se cerraron, dejó de llorar. El último esfuerzo de vida desapareció.

El hombre siguió apretando el cuello de la chica, tanto que lo rompió después de haberla asfixiado con su mano derecha. Cuando J terminó en ella se levantó, buscó algo con qué esconder su crimen.

En la cocina, encontró una bolsa negra de plástico que su cuñada usaba para la basura. Metió en ella a su sobrina, le hizo un nudo para que no se viera el contenido. Acomodó la sala, el sillón, recogió la mochila morada y la ropa de M. La cargó hasta su coche y la metió en la cajuela junto con el resto de sus cosas.

Entró al auto, manejó lo más sutil que pudo. Veía a todos lados, por si alguien había notado su presencia. Al atardecer llegó a las afueras de la ciudad.

Esperó la noche. Aparcó cerca de un barranco profundo. Abrió la cajuela y la bolsa en la que estaba M, metió el resto de sus cosas en la misma, la cerró



de nuevo. No le vio la cara, no le interesó hacerlo. Azotó el cuerpo de la chica en el piso y la llevó hasta la orilla del desfiladero. La aventó con la fuerza suficiente para que nadie pudiera verla.

Encendió el auto de nuevo y se dirigió a su casa.

María García Hernández murió a las cinco con veintitrés minutos, un martes del mes de julio, a los dieciséis años. Tenía muchos amigos. Era una de las mejores estudiantes de su generación. Le gustaba el dibujo. Su sueño era convertirse en diseñadora de modas. Quería casarse con un vestido blanco con el amor de su vida que no pudo llegar a conocer. Quería tener dos hijos, una niña y un niño. Anhelaba viajar a París y visitar la Torre Eiffel. Quería sentir la nieve en su rostro y manos durante una tormenta invernal; conocer todas las playas del mundo. Su color favorito era el mismo que el de su mochila de la escuela. Le hubiera gustado tener una mascota en su hogar. Su comida favorita eran las enchiladas verdes. Sus animales predilectos, los delfines. Le gustaban las series de televisión y ver a sus amigos todos los días en la escuela. Se sentaba exactamente en el asiento que estaba en medio del salón; decía que así podría hablar con todos sin estar lejos de nadie. Tendía su cama todos los días. Siempre se despedía de sus padres con un beso en la mejilla y una sonrisa. Cuando llegaba a casa esperaba a su madre para comer con ella y contarle su día.

Ahora nunca podrá cumplir sus sueños. La gente no volverá a verla jamás. Su madre no comerá con ella. Su padre no tendrá otro maratón de películas. Sus compañeros olvidarán su nombre. Su familia la recordará como la mayor pérdida de su vida.



José García González asesinó a María García Hernández a las cinco con veintitrés minutos, su sobrina, un martes del mes de julio, a los cuarenta y tres años. Se dirige a su casa para ver a su esposa y a su hijo de diez años. Saludará a su mujer por rutina, le exigirá la cena después de un arduo día de trabajo. Su hijo será golpeado por su padre cuando le informe una mala calificación en matemáticas. Al día siguiente, continuará su vida como si a nadie hubiera asesinado.

Los padres de María García Hernández se dirigirán a casa. Notarán de inmediato la ausencia de su hija. Llamarán a la policía. Tendrán que esperar tres días para que empiecen a buscar a su pequeña. No podrán dormir, tendrán que faltar al trabajo. Se culparán por dejar a su hija sola. Sufrirán cada noche esperando el regreso de su pequeña. Se preguntarán, una y otra vez, qué pudo haber sucedido, mientras esperan que alguien o algo les devuelva a su hija. Surgirán los “si tan solo”, los “hubiera”, los “qué habría pasado si” ...

Nada podrá cambiar el hecho de que María García Hernández ya no volverá; mientras que su asesino vivirá su vida como si nada hubiera pasado.

Basura en los ojos

Areny Altamirano Martínez
Universidad La Salle Oaxaca

La lluvia había terminado, la calle se llenó de charcos y de pequeños estanques de los que saldrían mosquitos; una mujer se encontraba en una mecedora contemplando lo que la lluvia había hecho en una calle sin pavimento.

– Mamá ¿Por qué se hunde mi barquito? – preguntó el niño mientras miraba a su madre con el rabillo del ojo.

– El papel no es muy resistente, hijo. Tal vez no te has dado cuenta de que la lluvia sigue, son gotas muy pequeñas– respondió amablemente parándose de la silla.

– ¿Son más pequeñas que las hormigas?

– Sí, más diminutas que las hormigas o que las pulgas, no las podemos ver; pero si prestas atención podrás escucharlas.

Caminó hasta el niño y le colocó una bufanda alrededor del cuello, se encogió doblando sus piernas y le hizo una señal para que guardara silencio y pudiera escuchar el sonido de las finas gotas mientras caían.

Siguió lloviendo, la tarde fue muy fría, pero mamá siempre hallaba una forma de apaciguar las inclemencias del tiempo: la chimenea tenía dos ardientes troncos de leña que ayudaron con la calefacción el hogar.

Cuando la noche los cubrió con su manto tejido de estrellas, el niño hizo otra pregunta:

–Mamá ¿Por qué no puedo salir a jugar cuando llueve?



La mujer se quedó en silencio unos segundos, después respondió:

– La lluvia es agua, si juegas afuera mientras está cayendo te resfriarás; eso es peor porque no saldrás a jugar hasta que te recuperes. ¿Sabes cuánto tiempo toma recuperarse de un resfriado?

El niño negó con la cabeza, se quedó algunos minutos en silencio sosteniendo la mano de su madre hasta que cerró los ojos y en un pestañeo se durmió.

Los días siguieron pasando y el niño irremediablemente continuaba creciendo. Los días calurosos se habían ido al igual que los cantos de las cigarras.

Al llegar la siguiente estación, el paisaje se tornó distinto; las hojas de los árboles caían, las ramas secas estaban por todos lados y uno que otro animal se dejaba ver entre la hierba.

Al pie de una montaña se encontraba un grupo de personas; entre ellas, la misma mujer y su pequeño. Todos recogían ramas y las amontonaban cerca de una carreta; un hombre cargaba en ella leño por leño mientras el caballo blanco de la carreta comía de un montón de paja seca.

Un ratón estaba escondiéndose entre las hojas y se metió a su madriguera, un conejo huyó y solo se escuchó el crujir de las hojas aplastadas por sus patas. El niño observaba curioso mientras jugaba con un palo.

Un anciano se acercó al ver tal escena – ¿Qué estás haciendo?

–Solo estoy jugando con un palo ¿Qué haces tú? – contestó todavía buscando algún animal en el entorno.

–Creo que no estoy haciendo nada. Hace un poco de frío, ¿no crees?



El niño lo miró. Corrió hasta desaparecer y después de un rato regresó junto a él.

–¿Quieres ponerte mi bufanda? – extendió su pequeña mano y el viejo sonrió.

–¿Quién es tu madre, hijo?– El infante señaló a la mujer y ella saludó desde la distancia –¿Tu padre no ha venido?

–Está en la guerra, señor.

El anciano levantó la cara y viendo a la nada preguntó al niño:

–¿Tú sabes por qué los ratoncillos se metieron en esos hoyos?

–Tal vez tienen frío y nadie les da una bufanda.

El viejo abrazó al pequeño y en voz baja le dijo:

–Algún día serás un gran hombre, muchacho.

Todas las cosas tienen un final; el otoño no es la excepción. Cuando todo se cubrió de blanco, aquel niño supo que el crudo invierno había llegado. Observó por la ventana que los árboles no tenían hojas y que ningún insecto estaba cerca; solo las hormigas y las arañas continuaban viviendo en su casa.

Las estaciones y el año habían llegado a su fin; un día, todos supieron que al igual que los pájaros, el viejo se había ido. En un ambiente fúnebre, cuando el viejo estaba dentro de una caja el niño preguntó:

–Mamá, ¿Por qué se ha ido?

–Todos tenemos el tiempo contado, hijo.

–Mamá, ¿por qué la gente llora?

–Es difícil de explicar, jamás volveremos verlo; por eso la gente llora.

El niño se sentó bajo un árbol, lejos de todos los que lloraban.

Con el paso de los días, los árboles reverdecieron poco a poco, las mañanas fueron menos



frías y las hierbas brotaron hasta en los lugares que todavía no habían sido vistos por los ojos del niño, lo blanco fue transformándose en verde moteado, algunos insectos se hicieron presentes en las primeras hierbas, los animales de tamaño reducido salieron de sus escondites en los días de calor; las escurridizas ardillas ya se habían instalado en los árboles al igual que las golondrinas.

Al parecer la situación estaba mejor que en otros momentos; el titular del periódico era: “La guerra ha terminado”. Cuando el pequeño lo supo, dio saltos de alegría porque por fin vería a su padre. A mediados del mes de mayo, un vehículo de la milicia llegó al poblado; traía a varios hombres a bordo; entre ellos, el padre del niño.

Era un hombre alto, de pelo castaño y con ojos cafés como dos nueces; brillaban como el sol. Cuando el pequeño y su madre lo recibieron, él solo sonrió. Con el paso de los días, el pequeño se sentía confundido. Su madre era una mujer muy dulce; en cambio la actitud de su padre era de veras muy fría.

Las tardes eran aburridas y el niño casi no hablaba; por las mañanas salía a jugar, pero cuando regresaba a su casa el silencio era inminente.

–Papá ¿por qué no hablas mucho? ¿Te sientes mal? – El niño miraba atentamente a su padre.

–No me siento mal, simplemente no quiero hablar ¿por qué tú no hablas?

–Porque no hablas y tampoco haces ruido ¿estamos escondiéndonos? – preguntó mirando por la ventana.

–No, no estamos escondiéndonos. La guerra acabó, no necesitamos escondernos más.

–Papá, ¿qué es la guerra? ¿por qué estabas ahí?

–La guerra– suspiró –es difícil ¿sabes? La guerra es algo que por más que quieras evitar,



siempre estará presente. Estaba ahí porque... a veces tienes que hacer sacrificios muy grandes para obtener recompensas mayores.

Por primera vez el niño miró a su padre directamente a los ojos. Parecían estar cubiertos de hielo, como los estanques en invierno.

–¿Quieres llorar?– dijo el niño confundido.

–Claro que no, solo me ha entrado basura en los ojos.

El tiempo siguió su curso; días, semanas y muchos, muchos meses. Nadie pensó que diecisiete años después de la guerra pasarían tan rápido; aquel niño había crecido. Desde sus primeros años se preguntó el por qué de las cosas; a sus veintitrés seguía haciéndolo.

El joven pronto se convertiría en médico. Su pequeña familia estaba orgullosa de él; a pesar de no tener hermanos y ser el único descendiente de sus padres, era muy feliz.

El cuerpo de una persona es más débil conforme pasa el tiempo, quizás sufre cada vez más; aquella mujer que con tanto amor cuidó al niño había enfermado y el hombre de los ojos cafés se mantenía firme. Incluso cuando el mundo se estaba derrumbando, sus ojos todavía tenían el resplandor del sol.

–Mamá, cuando mejores, te llevaré a casa, pronto seré un gran doctor y también me casaré.

– La mujer sonrió.

–Hijo, a veces las cosas no son como deseas ¿no te lo dije antes?

–No entiendo.

–Vaya, todavía eres un niño. ¿Recuerdas que cuando eras más pequeño me preguntaste por qué tu barquito se hundió? Yo te respondí que las gotas más pequeñas y casi invisibles hicieron que se hundiera más rápido, el papel no resistió



mucho. Yo soy como el papel de tu barco, las gotas me están hundiendo.

–¡Es imposible, tú no eres de papel! ¡Claro que resistirás, no eres un barco a punto de hundirse!
– La desesperación hizo que su voz se entrecortara y con ello, las palabras dejaron de salir de su boca. Un escándalo hizo que su padre entrara a la pieza.

Respiró profundo al ver que su esposa lloraba y que su hijo estaba desesperado. Se limitó a abrir la ventana; los rayos de sol se veían como oro, pronto el cielo se puso rojo, una helada corriente de aire entró por la ventana e hizo que las cortinas bailaran sin ritmo.

–Es mejor que cierre la ventana– dijo.

–No, papá, no cierres la ventana, quiero ver qué hay afuera. – Mientras el joven veía por la ventana, su madre agonizaba.

–Hijo, quiero que sepas una cosa, las murallas también caen, no siempre puedes fingir que estás bien. – Solo hubo silencio. –¡No te vayas! ¡No me dejes! ¡Hijo, tu madre se está yendo! – gritaba entre sollozos.

La calidez de sus manos y el oro de la luz estaban en sintonía. Sus almas se unían en una composición preciosa.

Entró una corriente helada, al igual que sus manos; tan fría que calaba hasta los huesos.

–Mamá se ha ido. – dijo el padre.

–Papá, me ha entrado basura en los ojos.

